

COLECCION MUNDO NUEVO

LA EMANCIPACION DE LA MUJER

O

EL TESTAMENTO DE LA PARIA

OBRA POSTUMA DE MME.

FLORA TRISTAN

LIMA 1948 PERU

Flora Celestina Teresa Enriqueta Tristán y Moscoso, la celebrada autora de "Peregrinaciones de Una Paria", confió al curioso personaje Alphonse Constant, el encargo de entregar al público su obra póstuma TESTAMENTO DE LA PARIA. Esta singular mujer, conocedora de la vida dolorosa de las capas más humildes de la sociedad, y ella misma, que sintió en carne propia todas las injusticias de parientes y extraños, durante los años de su agitada vida fué sedimentando en su alma el "descontento del dolor que hay en ser pobres". Así escribió numerosas obras en defensa de los sin pan. En "La Emancipación de la Mujer o el Testamento de la Paria" —título con el cual publicamos la presente edición— hace un llamado a las mujeres de todo el mundo, de todas las clases, a la unión de las obreras, por la liberación moral de la mujer. Arrancar a la mujer de los bajos fondos sociales para que lleven una vida más digna y mejor. Creadora de la Unión Obrera, ha quedado incrustada en el corazón de varias generaciones que le rinden homenaje echando flores rojas al pie de su tumba.

TESTAMENTO DE LA PARIA, es el grito angustiado de la paria, que fué hija obediente, esposa y madre amorosa, cuyo corazón destrozó la sociedad. Legó este libro a la posteridad como el portador de esperanzas o el anuncio de nuevas auroras. No predicó la rebelión, no atacó la propiedad ni la moral ni la religión; antes bien en nombre de ellas levantó la voz para denunciar el egoismo y las injusticias. Amó a la paria con un amor sin igual y después de una larga via crucis murió en el Calvario de una vida heroica, proclamando la emancipación de la mujer.

P. T. C. M.

LA EMANCIPACION DE LA MUJER O EL TESTAMENTO DE LA PARIA

Obra póstuma de Mme.
FLORA TRISTAN

*

Completada según sus propias notas
y publicada por:
A. CONSTANT

Traducción del Francés por:
M. E. MUR DE LARA



LIMA 1948 PERU

I m p r e s o e n e l P e r ú

P r i n t e d i n P e r ú

LA EMANCIPACION DE LA MUJER O EL TESTAMENTO DE LA PARIA

Obra póstuma de Mme.
FLORA TRISTAN

*

Completada según sus propias notas
y publicada por:
A. CONSTANT

Traducción del Francés por:
M. E. MUR DE LARA



LIMA 1948 PERU

Los progresos sociales y cambios de períodos se operan en razón del progreso de las mujeres hacia la libertad y las decadencias de orden social se operan en razón del decremento de la libertad de las mujeres. En resumen, la extensión de los privilegios de las mujeres es el principio general de todos los progresos sociales.

FOURIER.

LLAMADA A LAS MUJERES

De todas las edades, de todas las categorías sociales, de todas las opiniones, de todos los países.

Mujeres:

Vosotras, cuya alma, cuyo corazón, cuyo espíritu, cuyos sentimientos están dotados de una impresionabilidad tal que aún independientemente de vuestra voluntad, sentis afluir las lágrimas a vuestros ojos en presencia de todos los dolores, experimentáis la repercusión de todo lamento y abnegación para todos los sufrimientos que tenéis; una palabra de consuelo para todos los afligidos; mujeres que estáis devoradas por la necesidad de amar, de actuar, de vivir; vosotras que buscáis en todas partes un objeto para esa quemante y vivificante actividad del alma que os mina, os corroe, os mata; mujeres: ¿permaneceréis silenciosas y siempre ocultas, cuando la clase más numerosa y más útil, vuestros hermanos y hermanas, los proletarios, los que trabajan, sufren, sollozan y gimen, vienen a pediros con suplicante mano que los ayudéis a salir de la miseria?...

Mujeres: la UNION OBRERA ha puesto sus ojos en vosotras. Ella ha comprendido que no podía encontrar auxiliares más dedicados, más inteligentes, más poderosos. Mujeres: la UNION OBRERA tiene derecho a vuestra gratitud. Ella es la primera que ha reconocido en principio los derechos de la mujer. Hoy, pues, vuestra causa y la suya se hacen comunes. Mujeres: de las clases ricas, vosotras que sóis instruídas, inteligentes; que gozáis del poder que otorga la educación, el mérito, el rango, la fortuna; vosotras que podéis ejercer vuestra influencia sobre los hom-

bres que os rodean, sobre vuestros hijos, vuestros domésticos, y los trabajadores que os están subordinados, prestad vuestra poderosa protección a los hombres que no tienen para sí otro bien que la fuerza del número y del derecho. A su vez, "los hombres de brazos desnudos" os prestarán su apoyo. Sóis oprimidas por las leyes, por los prejuicios. UNIOS a los oprimidos y por medio de esta legítima y santa alianza nos será dado luchar legalmente, lealmente, contra las leyes y los prejuicios que oprimen.

Mujeres: ¿qué misión desempeñáis en la sociedad? Ninguna. Pues bien, ¿queréis dar un objetivo digno a vuestra vida? consagradla al triunfo de la más santa de las causas: LA UNION OBRERA.

Mujeres: que sentís en vosotras el fuego sagrado cuyos nomdobres son: fe, amor, abnegación, inteligencia, actividad: constituíos en predicadoras de la UNION OBRERA.

Mujeres escritoras, poetisas, artistas, escribid para instruir al pueblo, y que la UNION sea el texto de vuestros cánticos.

Mujeres ricas, suprimid todas esas frivolidades de tocado que absorben sumas enormes, y sabed emplear vuestra fortuna más útilmente y más magníficamente. Haced donaciones a la UNION OBRERA.

Mujeres del pueblo, haceos miembros de la UNION OBRERA. Inducid a vuestros hijos, a vuestras hijas a inscribirse en el libro de la UNION.

Mujeres de toda Francia, de toda la tierra, cifrad vuestra gloria en constituíros en voz alta, públicamente en defensoras de la UNION.

¡Oh mujeres hermanas nuestras; no permanezcáis sordas a nuestras llamadas! Acudid a nosotros; precisamos de vuestro socorro, de vuestro auxilio, de vuestra protección.

Mujeres, en nombre de vuestros propios sufrimientos y de los nuestros, os pedimos vuestra cooperación para nuestra grande obra.

ADVERTENCIA

A menudo, y con fundada razón, tal vez, la gente suele reir de los Mesías y de los falsos dioses de nuestra época; es por este motivo, por el que, al publicar este "TESTAMENTO DE LA PARIA", no intentamos, no pretendemos situar a Flora Tristán entre las profetisas o iluminadas.

No obstante, esta mujer conservó hasta su muerte, una fe irreductible; debe tenerse en cuenta, en primer lugar, su abnegación por la clase obrera que fué absoluta, y también el deseo tan ferviente que alimentara siempre de trabajar en pro de la renovación de la humanidad por medio de la emancipación moral de la mujer; siempre inspirada hacia estos fines, concretó sus avanzados y generosos pensamientos en un libro que no estaba llamado a ver la luz de la publicidad sino después de su muerte. Este libro no contiene una nueva doctrina, y sin embargo, no titubeamos en reconocerle un puesto entre las obras más serias de nuestra época palingenésica. Encontramos en ella la despedida de un bello genio incomprendido, el último canto del alma creyente y sacrificada cual la de aquélla a quien, bajo el emblema del canto del cisne, dotaron los antiguos con tanta melodía.

Han de leer con interés esta obra, todos aquéllos a quienes es cara la memoria de los amigos del pueblo, todos los hombres con miras al porvenir, todas las mujeres que sientan la dignidad de su sexo en las prerrogativas de la madre.

Bien entendido que se hallará un poco de desorden entusiasta y de esa hiperbólica exageración que son corrientes en las almas ardientes ¿acaso no tuvieron los santos del Catolicismo sus piadosas exageraciones?

Es innegable que se descubrirá también que las recrimina-

ciones de Flora a la sociedad por cuya causa sufriera tanto, trascienden algo de vehemencia y amargura; los dichosos, los felices la perdonarán de ello y los desdichados la comprenderán. En cuanto al orden social, permanecerá más o menos igual en tanto Dios lo permite.

Pero con todo eso, esta publicación no puede dejar de tener éxito aunque no fuese más que desde el punto de la curiosidad. Hago entrega al público de lo que para él me fuera confiado; no he prestado a Flora más colaboración que la que consiste en mi redacción de los párrafos en que sus notas aparecían embrolladas o dudosas, pero esto siempre de acuerdo con sus indicaciones verbales y con absoluta fidelidad.

Es en una palabra, su pensamiento y no el mío el que someto al juicio de la opinión; pues en lo que a mí respecta, estoy fatigado de emitir ideas que nadie comparte y me retiro de una liza en la que he combatido dolorosamente, tal vez con generosidad, aunque sin estímulo y sin gloria, para al morir en la sombra, terminar rezando sobre las tumbas de los corazones nobles olvidados; y en comunicación con las almas de aquéllos que amaron sin esperanza y emitieron conceptos que nunca hallaron ecos.

A. CONSTANT.

PREFACIO

¿Qué será preciso hacer para conmover a esta sociedad corrompida? ¿Hasta dónde ha de ser necesario hundir el hierro para encontrar las carnes vivas en esta gangrena que se esfuma en putrefacción?

En nombre de aquéllos que sufren, en nombre de aquéllos que padecen hambre, en nombre de aquéllos que se venden por un pedazo de pan maculado de lodo, en nombre de aquéllos que en paralelo con los más inmundos animales se ven forzados a disputarse un pasto vil en los sumideros del crimen.

En nombre de las pobres mujeres a quienes se tarifa como carne de libertinaje en la conciencia de la prostitución y a las que se da el nombre de "mujeres de placer", porque al igual que en los réprobos del DANTE, las lágrimas se han congelado en sus ojos y la rabia de su propio dolor les hace a veces reir lamentablemente.

En nombre de esas víctimas inocentes con las que trafican la inmoralidad de matrimonios mercantilistas, y que vestidas de blanco y engalanadas de flores como las antiguas vírgenes son conducidas al altar con el objeto de que un célibe por fuerza otorgue una irónica bendición sobre su suplicio, pues un honorable padre y una madre titulada virtuosa, la han condenado, por un puñado de oro, a la tortura que inventó Mecencio, soportar los besos de un cadáver.

En nombre de los padres y madres cuyos hijos devora el Moloch social; en nombre de los hombres a quienes se mutila y a quienes se envenena; en nombre de las mujeres cuyos corazones son devorados y que no se atreven a proferir sus quejas; en

nombre de los niños a los cuales se tritura y cuyos cráneos son aplastados a fin de que carezcan de pensamiento y corazón.

¡Yo he vociferado, he llorado, y vosotros habéis reído! Me he impuesto silencio, me he arrastrado a vuestros pies y vosotros habéis pisoteado mi cabeza! ¿Qué es lo que soy? ¿Qué importa lo que me acontezca? ¿No he ofrendado mi vida por esa gente? ¿Y qué importa eso? Pero, agobiadme, encarceladme, calumniadme, llevad más lejos el ultraje; arrojadme cual a un perro, un mendrugo de pan por debajo de la mesa, lo aceptaré todo, menos vuestro pan. Que se me haga todo, a mí. Pero ¿y el pueblo, qué váis a hacer por el pueblo? ¡Ah, hace mucho tiempo que lo adiviné; el pueblo no debe esperar nada de vosotros. La prosperidad os embriaga; la familiaridad con voluptuosidades y remordimientos os hace temer el tedioso contacto con las ideas serias; ese pueblo os repugna y no le perdonáis el ser desgraciado y tener hambre!

¿No es verdad mis rechonchos financistas de arreboladas y redondas mejillas, de labios siempre relucientes por los vinos deliciosos recién bebidos; no es verdad que ese pueblo con sus ojos hundidos, su tez pálida, os resulta feo?

¿No es verdad, señoras prostituídas honradas, es decir ricas, puesto que como es sabido estas dos palabras son sinónimas desde hace mucho tiempo; ¿no es cierto, bellas sirenas satinadas, doradas y ambarinas, que el pueblo huele mal y que produce náuseas con sus harapos? ¿Qué reclama él, pues, y por qué se le permite entrar? Para él nada hay aquí, ¿Que pide pan? Respondédle que no lo hay. Pero, lacayos, ¡arrojadme de aquí a esa gentuza y dar un terrón de azúcar a mi pobre lebrel enronquecido por ladrar contra ellos!

¿No es cierto, vosotros todos, los elegidos de la glotonería, de las bebidas, del lacayaje, vientres siempre repletos y siempre ávidos, henchidos de orgullo y rebalsantes de infamia; no es verdad que ese pueblo es muy goloso y que semejantes bribones son demasiado audaces al pretender que tienen derecho a comer?...

¿Acaso la tierra y todo lo que ella produce no os pertenece? ¿Acaso no sóis vosotros sus legítimos propietarios? ¿Acaso no sóis absolutamente dueños de despilfarrar lo que os sobra cuando os encontráis ya hartos y de compartir vuestro lujo con vuestros perros, antes que proveer a las necesidades de los pobres?

¡Que los pobres acudan a las Sociedades de caridad! ¡que acudan a los hospicios de mendicantes, los mendigos! ¡que se vayan al diablo por último, si así les place!... En cuanto a nosotros, comamos, bebamos y prostituyámonos! para eso tenemos dinero.

Sí, bebed: es la sangre del pueblo. ¡Sí; comed; es la carne del pueblo... Sí, prostituíos: con las entrañas del pueblo! Y cuando extenuados y hartos os durmáis repletos, será él, ese pueblo, el que despierte, hambriento y terrible.

Y cuando vosotros hayáis terminado, él empezará!...

¡Sí, bebed; mas, tened cuidado! También vosotros tenéis sangre en las venas!....

Comed, pero tener temor! Pues vuestra carne se está cebando cual conviene a la de las reses!....

Prostituíd, mas, estremeceos de espanto! Pues mujeres e hijas tenéis!

Yo he sido mujer, he sido madre, y la sociedad me ha destrozado el corazón.

Fuí asesinada, porque protesté contra la infamia; y la sociedad me ha vejado al condenar penosamente suyo a mi asesino (1).

En el presente no soy ya una mujer, no soy una madre, soy tan solo la paria!....

Pues bien hermanos y hermanas! Cuando haya sucumbido en la guerra contra vuestros opresores, os legaré este libro espantoso para ellos, portador de esperanza y de consejos para vosotros... y ellos no se atreverán a condenarlo.

Porque yo no os predico la rebelión. La rebelión, la sedición, es un crimen de un puñado de revoltosos. Un pueblo no se re-

---

(1)— Alusión al proceso de su marido que disparó sobre ella. (N. del Ed.)

bela jamás; él se levanta cuando llega su hora, y no precisa que se lo digan.

Yo no ataco a la propiedad, como dicen. ¿Acaso podría por ventura alentar a los ladrones, yo, que los perseguiría hasta bajo el manto de los jueces?...

Yo no ataco a la moral: compruebo que nuestros pretendidos moralistas son los más inmorales de los hombres. Yo no ataco a la religión; pues es en nombre suyo por lo que levanto la voz para denunciar el egoísmo y la mendacidad de sus ministros.

Yo escribo para que sepáis, para que comprendáis; grito para que me oigáis; mando adelante para mostraros el camino!

Leedme pues, hermanas y hermanos, y si creeis en la abnegación de una hermana, seguidme.

Un hombre llevó su abnegación hasta la muerte, y el testamento que legara constituye el Evangelio.

Pues bien, yo, quiero llevar a cabo lo que soñara sin duda la pecadora Magdalena, al pie de la cruz.

Y quiero amar como El amó, y morir como El murió, a fin de poder fecundar la viudez del Evangelio y transmitir una herencia para confundirla con la suya.

También yo preciso de un Calvario para proclamar desde allí, al morir, la emancipación de la mujer!

I

DIOS

¡Pobres mujeres, pobres parias, corazones hambrientos de libertad y de amor, mujeres del pueblo que trabajáis para vivir y que no vivis! ¿creeis en Dios?

¿Qué es Dios para el paria? ¿acaso el padre de todos los seres? Pero, ¿cómo podría conocer a un padre el paria, cuando su madre, la naturaleza, se prostituye a los extraños y no alimenta a su hijo?

Si es un padre, ¿dónde su amor? En este mundo el paria vive rodeado de odio, o de un menosprecio más punzante aún que el odio mismo, o de un olvido más aplastante aún que el desprecio.

Si es un padre, ¿por qué no alimenta a sus hijos y cómo no impide a los más fuertes o más audaces el adueñarse de la parte de los humildes o tímidos?

Si a vuestra manera de ver, es un padre, ¿cuál será la parte que nos tocará de sus riquezas? Los ricos nos han desheredado de la tierra: los sacerdotes nos desheredan del cielo!...

Decidme, Monseñor Obispo, miradme bien de frente, yo no os pido limosna, pero a vos os pagan para instruir al pueblo y yo os interrogo.

Vuestro Maestro, Jesús, ha dicho: "Bienaventurados los pobres", ¿y por qué vosotros los habéis excomulgado?

Esto que os digo os irrita; no obstante, escuchadme aún y respondedme. ¿Es que por ventura en vuestros elegantes templos hay un lugar honrado en el cual pueda reposar un pobre?...

No es posible llegar a Dios, decís, sino por medio de los sa-

cramentos de la Iglesia, y no existen otras vías que las por El establecidas para comunicarse con los hombres: pero ¿existen, por ventura, sacramentos para el pobre?

¿Le otorgaríais los sacramentos de los vivos a aquel, a quien se niega la vida; o los de los muertos, si ni aún en el número de ellos puede ser contado?

¿Quién será padrino del hijo del paria, quién responderá por él en el bautizo?... ¿A qué parroquia lo habíais de presentar? ¿tiene por ventura un domicilio?

Permanecerá, pues, culpable del pecado original porque nació sin dinero y sin recursos; y convenid conmigo, en eso, sobre todo para vos consiste el pecado original más irreparable.

En la medida que crezca, si el paria quiere acercarse a Dios, por lo menos deberá presentarse al confesionario. "Mi autoridad se limita a esta parroquia", le dirá sin duda alguna el sacerdote, si es que se molesta en tomarlo en cuenta; quizás añada: "¿a qué parroquia pertenece usted?"

"A la parroquia de la miseria", contestaría el infeliz. "Pues entonces desdichado, confiésate con el demonio, que la horrible parroquia que acabas de nombrar sólo tiene una metrópoli: el infierno".

Yo he oído a sacerdotes a quienes se esperaba en el confesionario, preguntar si se trataba de señor o de un hombre, de una dama o de una mujer.

¡Miserables que colocan a la humanidad en el Yndex y que se excomulgan del género humano para apriscarse con la aristocracia, sin duda con el fin de que su Cristo sepa donde encontrarlos cuando venga a salvar hombres y mujeres, y a castigar a los ricos a quienes tantas veces maldijera!

¡Malvados sacerdotes, bien véis que, según vuestro propio parecer, no hay Dios para los pobres!

¿Puede, por ventura, el niño pobre, deshecho por dieciséis horas (1) de trabajo diario en los engranajes de las máquinas

(1)— La jornada de trabajo pasaba de doce horas, en aquel tiempo, lo que motivó entre otras, la crítica de Engels y Marx. (N. en Ed.)

que funcionan para vosotros, ir al catecismo para oír vuestras enseñanzas, y si llegara a oírlas cómo podría escucharlas? Seguramente dormiríase y vosotros lo haríais ponerse de rodillas para hacerlo descansar de sus fatigas.

¿Existe acaso una primera comunión posible para todos aquellos pequeños desgraciados que, casi desde el nacer, comulgan con todas las depravaciones físicas y morales, sin ser por ello menos inocentes ante la sana razón?

¿Hay acaso matrimonio para los parias? Sus amores no pueden desarrollarse más que en el vicio, pues no les está permitido echar hijos al mundo.

Y si anhelan recibir la bendición de la Iglesia en sus postreros instantes, vénse precisados a mendigar un lugar en el hospital a fin de que la caridad pública pague al médico, al sacerdote, la extremaunción y los últimos medicamentos.

Malos sacerdotes bien sabéis que vuestro Dios no es el Dios de los pobres, y que, según vosotros mismos, para los parias no existe Dios!

¡Pues bien, yo os digo que si hay un horrible fantasma, digno de ser el gran paria del cielo, ese es vuestro Dios, malos frailes! Ese es el Dios falso que hacéis a vuestra imagen!

Que él sea maldito como maldice él a quienes sufren! Que sea proscrito como proscribe a quienes lloran!

¡El Dios nuestro, pobres parias, es la justicia eterna! Y sabemos que ella llegará cuando vuestro tiempo haya pasado!

Sin duda preferiríamos un cielo desierto al que vuestra horrible Divinidad habita; pero nosotros sabemos que en el infinito no existe el vacío, y porque creemos en el ser por el movimiento, y por el movimiento en la vida, y por la vida en el progreso y por el progreso en el porvenir, por todo ello sabemos que existe un Dios!

Sí; es para los parias para quienes existe un Dios en el cielo: Se llama: porvenir. Se llama: justicia. Se llama a la vez misericordia y venganza, pues El perdonará y también El castigará!

¡Oh! creamos en El, para unirnos en una misma fé y para

ser fuertes, pues tan sólo la fé es fuerte, y es por ello que se dice que salva.

Creamos que El nos ayudará si nos ayudamos nosotros mismos; creamos que nos salvará, si nosotros queremos todos juntos salvarnos.

Mujeres, hermanas mías no permanezcáis ociosas en el combate que se prepara, pues el más amante será quien venza.

Entended bien que no os induzco al olvido del deber, sino que os enseño a conocer el más santo de vuestros deberes.

Dios os creó por amar, y bien, ¿qué es amar? es elegir; para amar pues, es preciso ser libre!

Hermanas mías, no seais más esclavas cuya carne se vende; y cuyo corazón se ahoga; seguid más bien mi ejemplo, protestad y morid.

No seáis más las prostituídas del interés sórdido; no seáis ya las sirvientas de la brutalidad del hombre!

Mirad a Cristo y ved como El protestó contra los tiranos: Cristo está viudo en el cielo y espera una esposa. Mujeres, sabed que Dios mismo no puede violentar la voluntad de un hijo. ¿Anhelais ser libres?. . . .

II

EL HOMBRE

Hace diez y ocho siglos apareció un pretor de Judea, en un balcón de piedra, por debajo del cual un populacho fanático y envilecido se agolpaba gritando; y ebirros arrastraban por medio de cuerdas ensangrentadas y envuelto en purpúreos harapos algo que tenía vida, lloraba y sangraba que carecía ya de forma, tantas eran las llagas que lo cubrían, tantas las cuerdas, tantos los harapos y tantas las espinas; y mostrando al pueblo ese producto de la tortura, al pueblo, Poncio Pilatos dijo desdeñosamente: "He ahí al hombre".

Pues bien a ese hombre que muriera entonces por el pueblo, se le adora desde hace 18.000 años como a un Dios; "ese es el hombre", es decir, ese es el pueblo (pues ya lo tenemos dicho, tan sólo hay un hijo del pueblo que se puede considerar que sea hombre; el otro es un señor) hoy, como decía, diciocho siglos después de esa fecha, aún se asemeja el pueblo al desgraciado mártir a quien Poncio Pilatos designaba con estas palabras: "Ecce Homo".

Os pregunto a vosotros, filántropos modernos y fabricantes de moral, ¿cuánto vale un hombre en nuestra sociedad moderna? no hablo ahora de su trabajo ni de la manera como se le explote; ¿cuánto vale la vida de un hombre pura y simplemente, y cuánto daría la sociedad por salvarlo? si está a punto de alcanzar la orilla, 15 francos, si está en la miseria, nada...

El triste "Ecce Homo" de Pilatos debió al menos haber sido pagado un poco más.

¿Qué es un hombre en la sociedad moderna?... no hablo del capitalista; un capitalista no es un hombre, es un propieta-

rio, y esta es la razón que lo dispensa ordinariamente de ser humano.

Un hombre es una fuerza productora cuya explotación cuesta tanto y rinde tanto. Era precisamente igual en tiempos de la esclavitud, con una diferencia, que el esclavo tenía el trabajo y el pan asegurados.

Un hombre es una bestia de carga, a quien se está eximido de alimentar cuando no trabaja o cuando ya no puede trabajar.

Y si se teme a sus manos inactivas, se les agarrota bajo pretexto de que no quiere pagar a César el tributo y si solicita su libertad, se le responde que es rey y se le otorga como un irrisorio cetro el garrote que sirve para golpearlo, y como corona las zarzas de la miseria y de disgustos de todo orden que no permiten ningún sosiego a su desdichado cerebro, y, para disimular sus harapos, se los sumerje en el caudal de su sangre que mana, revistiéndolo luego con la dolorosa púrpura.

¡He aquí al hombre!... ése es el único hombre; pues quienes así lo tratan ya no merecen ser hombres; son los "GRANDES", los "SACERDOTES", los esclavos y los verdugos!

He aquí a la sociedad entera.

¡Ecce Homo!

Pero mientras que Pilatos señalaba así a Cristo a un populacho despiadado, las santas mujeres lo miraban desde lejos y lloraban, y la misma mujer del procónsul le hacía decir: "no os manchéis con la sangre del justo"!

Y camino del Calvario las santas mujeres le acompañaban llorando.

Esto era justo, hicísteis bien, mujeres, pues El murió por vosotras. Mostrad ahora al mundo que habéis cosechado sus enseñanzas, que habéis recogido las gotas de su sangre y que una de vosotras ha conservado su imagen en el sudario.

A vosotras corresponde ahora la tarea de la redención, a vosotras la protesta todos los días, a vosotras el apostolado de la familia, a vosotras el Calvario, pues los hombres no tienen ya bastante amor para saberse sacrificar.

III

LA MUJER EN LA SOCIEDAD MODERNA

El infame Judas, prototipo del judío maldito, decía refiriéndose a su Maestro: cuánto me dáis y os lo entregaré; se le prometió treinta monedas de plata y él vendió a ese precio el beso que debía dar la muerte a su Dios.

"¿Cuánto me das? y soy tuya" dice la mujer en la sociedad moderna. Se le promete un poco de plata, ¡qué digo!, hasta es corriente arrojarle al arroyo unas monedas de oro grasosas y verdes; pues bien, la mujer se agacha, las recoge y en cambio de ello sonríe y soporta el beso más deplorable porque día a día mata en ella todo pudor, esa divinidad de la mujer que sacrificada diariamente sufre y llora siempre.

Por idéntico precio, si se considera más divertido, puede también escupírsele al rostro, no se sentirá por ello más ofendida.

Y esa mujer tratada así, hija de Pedro más que de Pablo, podría muy bien ser nuestra hermana, o nacida poco antes podría ser nuestra madre, y jamás nos ha ofendido. Pero esto no importa, es una miserable, puede hacerse con ella lo que se quiere; precisa comer, tiene hambre; con esto está dicho todo.

Las casas en que se llevan a cabo este odioso tráfico de carne humana y de vergüenza han sido recientemente pintadas de nuevo y llevan ahora en la portada su número como señal.

Dichos establecimientos pagan derechos a la policía, están clasificados y numerados y existe para cada una de ellos un expediente respectivo en la oficina de costumbre. (1)

Son como se ve, otras tantas sucursales de una casa-madre,

---

(1)— Se nos asegura que una mujer, bastante famosa entre las dueñas de esos establecimientos, muestra a quien lo quiera ver, un certificado de irrepro-

que también retoca su fachada, se reviste de una hipócrita moralidad con sus ventanas de vidrio esmerilado y merece llevar un número en el frontis ya que no tiene otra cosa en el corazón. Esta gran casa infame es la sociedad entera!

¡Padres de familia que os tituláis honrados, atreveos a sostener que no vendéis jamás a vuestras hijas!

¡Qué importa el nombre que se emplee, que sea con honor o con infamia, si por mayor o menor suma de dinero, si a uno o varios miserables se hace la entrega; qué importa todo eso, si es tan sólo el interés lo que interviene en la alianza que a vuestra hija imponéis!...

Padres de familia que así procedéis, cerrad bien vuestras ventanas, haced pavonar sus cristales para que las escenas que se desarrollen en el interior se sustraigan a la piedad y a la indignación públicas; luego escribid con grandes cifras el precio que pedís por vuestra hija y pegad la cantidad en la puerta a fin de que los infames que poseen dinero sepan que ahí encontrarán una alma y un cuerpo que se venden.

Yo me dirijo al padre, porque no puedo admitir que una madre consienta jamás en entregar así a su hija.

En nuestra desgraciada sociedad la mujer es paria desde su nacimiento, sierva de condición, desdichada por deber, casi siempre se ve precisada a elegir entre la hipocresía o el baldón.

Sin duda se protestará contra esto; se dirá que existen mujeres dignas, mujeres santas, que viven contentas con su suerte o resignadas, perfectamente honorables, y con justicia respetadas.

Sí; ya lo sé; son las sublimes mártires; se sienten tan felices como Silvio Pellico en su dura prisión. No aparentan sufrir porque su dignididad es aún más grande que sus dolores, o porque jamás han tenido la más vaga idea de sus desconocidos derechos,

---

chable moralidad que le fué otorgado por el comisario del barrio de la Plaza del Palacio Real, y firmado además por veinte principales propietarios de ese barrio, los cuales declaran que durante treinta años la judía Paulina ha merecido ampliamente el certificado otorgado por el comisario de su barrio.— (Nota del Editor).

o porque prefieren la tranquilidad de la resignación a las angustias de la lucha.

Pero, preguntad a esos ángeles de la tierra si han amado alguna vez en su vida. Os responderán con una mirada al cielo.

Preguntadles si son efectivamente dichosas; os contestarán como la Julia de Rousseau: "Amigo mío, soy demasiado feliz; mi felicidad me aburre".

Pues bien, yo os digo que no sois felices, pues no vivís la vida para la cual Dios os ha creado.

Os sentís debilitadas, ahogadas, engañadas, desalentadas, y os resignáis; está bien; pero vuestra tarea, permanece por hacer.

Cristo dijo que el reino de los cielos es de los que sufren persecuciones. Fácil es ceder; fácil es callar, cuando a ese precio se pueden comprar la tranquilidad y los honores.

¡Oh! si supiérais cuánto cuesta protestar; si sospecharais tan sólo qué encierra esta lucha contra el mundo en el que nadie os alienta, en el que más bien todo os aplasta!

Os preguntaríais lo que se precisa de valor para afrontar semejante martirio!

Pues, bien, yo os digo que ese martirio está saturado de felicidades inmensas aunque amargas; que a la lucha depara el triunfo y que el paria no cambiaría su suerte por la de ninguna de vosotras!

IV

LA LUZ DEL PORVENIR

Las tinieblas envolvían el mundo; Dios dijo: "Hágase la luz", y la luz fué hecha, y ese fué el primer día.

A esa luz concluyó su obra Dios durante los días siguientes y el sétimo descansó.

¡Artesano de la luz, tomaste tu descanso demasiado pronto! Vuelve a empezar la obra del día primero, pues la luz de las inteligencias se ha extinguido y el astro que era su reflejo, ciego, el mismo sol material, parece haber palidecido!

El hombre se ha cansado durante sus largas noches de mirar el cielo sombrío en el que veía apagarse una a una sus estrellas.

El hombre se ha cansado ya de pedir los esplendores de tu Verbo a ese despiadado sol, que desde hace tantos siglos contempla con mirada fija y siempre serena, girar en su derredor tantos crímenes y desdichas!

¡La sed de su inteligencia no podía ser saciada, y él ha clausurado su inteligencia del lado del cielo; pues la verdad que él ansiaba como un poco de rocío no ha descendido sobre él!

¡El hombre de su corazón no ha sido satisfecho con el amor; y por ello ha cerrado su corazón al amor y ya no ama porque ya no tiene fé!

Entonces extiende las manos hacia las riquezas materiales de la tierra, y los labios hacia las fuentes de mortales delicias en las que por lo menos le estaba permitido beber, y la vida animal triunfa.

Señor, ¿por qué no hay ya claridades en tu cielo, y por qué

esta tierra que Tú habías donado al hombre se ha convertido en bocado de animales de presa? Pues allí donde no haya inteligencia ni amor, la vida humana se extingue.

Habla de nuevo a la luz, oh mi Dios, y repite a tu Verbo "Hagamos al hombre". ¿Sería posible que la inteligencia suprema hubiera lanzado al sol en el espacio y ordenado la maravillosa marcha de las esferas para que seres de gordos vientres y rostros inexpresivos se repartan entre sí los productos de la tierra, comprendiendo a los seres humanos, con el fin de poder comer solos, de poseer sólo ellos casas y vestidos, de disfrutar solos no ya únicamente del pensamiento sino también del poder de ahogar el pensamiento?

¡Mundo abortado! ¡bosquejo imperfecto del cual parece haber apartado los ojos con disgusto el Creador!

¿Hemos de esperar que una nueva palabra te saque de la nada? Pero el Cristo que tú llamabas tu Dios ¿no ha hablado acaso, hará ya dentro de poco dos mil años? Y luego de haberte revolcado como un fango calentado al sol, cuya superficie hierve ¿no has recaído en tu fría y chata inercia?

¡Oh! cuán bien comprendo la sangrienta agonía del Cristo en el Monte de los Olivos, donde velaba solo, en tanto que sus confidentes más íntimos dormían o lo traicionaban! Y cuán bien comprendo ese grito desgarrador, terrible, desesperado, que desde lo alto de su cruz lanzara sobre el mundo como un adiós eterno; "Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado?"

¡Oh! sí; yo te comprendo, pobre profeta de los parias, a quien los ricos se dignan permitir ser el Dios del pueblo a condición de que prediques con el ejemplo de tu resignación en tu suplicio, y que el pueblo se deje flagelar y crucificar como Tú!

Se nos ha dicho que el Verbo creó el mundo y que Tú eras la encarnación del Verbo; yo lo creo así; y es en Tí en quien yo espero aún; pero no has creado Tú para nosotros la libertad y la dicha? ¡y ellos te hicieron morir, y desde hace más de mil ochocientos años, ellos son los que triunfan, y ellos son los que sin cesar renuevan tu suplicio!

Maestro, Tú debiste resucitar al tercer día; la duración de tu sepultura es muy larga. ¿Será preciso que vuestras osamentas y las de nuestros hijos blanqueen los campos como en la visión de Ezequiel, antes de que alumbre la aurora del tercer día?

Cuando Tú resucites glorioso ¡oh mi Maestro!, y cuando asciendas sobre el trono de las inteligencias con tu cortejo de pobres y de malditos rescatados por tu sangre, entonces, sólo entonces, habrá terminado la creación, pues Dios habrá hecho al hombre, amo de los instintos brutales que devoran la tierra.

Entonces, ¡oh Cristo!, tomarás de la mano a aquella que dijo: "Yo soy la sierva del Señor", y le dirás: "Eres mi madre; toma asiento cerca de Mí en mi trono, y reina conmigo sobre el mundo".

La imagen gloriosa de María completará entonces el mito doloroso de Eva; la madre de Dios rehabilitará a la madre del primer hombre; el matrimonio vuelto libre será puro y el pecado original será por ello mismo borrado.

Entonces podrás descansar, creador del mundo moral, ya que el mundo físico en el cual sufrimos no ha sido más que primer boceto y que la obra está inconclusa.

Así el tercer día del Cristo será el séptimo del mundo y también del gran Sabbat anunciando en la simbólica cosmogonía de Moisés!

V

LAS TRES PERSONAS SIMBOLICAS

Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo, repite la Iglesia en su doxología.

Y la voz sombría de la vida real responde en el corazón del paria:

¿Cuál puede ser la gloria del Padre, cuyos hijos están proscritos siendo así que se da a ese padre el título de "Todopoderoso?"

¿Cuál ha de ser la del Hijo que se hace hermano de los hombres y que a pesar de haber muerto por ellos una vez, en el Calvario, y millares de veces más sobre los altares de la comunión, no los ha salvado aún?...

¿Cuál la del Espíritu Santo, del Espíritu de la inteligencia y el amor, en un mundo, donde no se comprende el amor y no se ama la inteligencia?...

Fariseos hipócritas, cantáis la gloria del Padre, y habéis roto las Tablas de la Ley para, a vuestras anchas ir a quemar incienso ante el becerro de oro.

Cantáis la gloria del Padre, y los hijos de ese Padre languidecen ignorando su celeste origen y sus gloriosos destinos, porque en lugar de propagar a Dios, os ensalzáis vosotros mismos, y porque ellos están asqueados de escuchar vuestras declamaciones vacías y estudiadas de memoria como lecciones de colegiales.

Cantáis la gloria del Padre, y perseguís a aquéllos que tratan de librar a la familia humana de la explotación y de la mentira.

Cantáis la gloria del Padre y profanáis a diario el cuerpo y la sangre del Hijo durante los sacrificios realizados diariamente con negligencia y por rutina, en que no pensáis en orar por vosotros mismos en el memento de los muertos!

Cantáis la gloria del Hijo, y os avezáis en el espíritu de orgullo y testarudez de quienes crucificaron al Salvador. Y si volviera El a la tierra, le arrojaríais de los templos si pretendiera alzar la voz, y lo sumiríais en la cárcel.

Cantáis la gloria del Hijo, pero le arrancásteis el corazón sin duda para que se os pareciese y rodeáseis su corazón de una corona de espinas para que los pequeñuelos, por temor a punzarse, no se acercaran a El; y en esa forma lo habéis expuesto en vuestros altares, palpitante y songrante, tal como los salvajes suspenden en los nichos de sus ídolos, las cabezas de los enemigos a quienes dieran muerte!.

¡Cantáis la gloria del Hijo y despreciais al pobre a quien el Hijo glorifica!

¡Cantáis la gloria del Espíritu Santo, y protestáis con ensañamiento contra los progresos de la inteligencia y la legítima expansión del amor!

¡Dios os perdonará, sin duda, porque no sabéis lo que hacéis, pero nosotros no os escucharemos, porque no sabéis lo que decís!...

El Padre es el Dios que salvó a un pueblo oprimido por la tiranía de Faraón, elevando el nivel de los mares, quebrantando las montañas¡... Es el terrible revolucionario de Tanis que castigaba a los reyes con las diez plagas de Egipto, esgrimiéndolas como diez vergas quemantes y que dió pan al pueblo, en medio del desierto! Pero ahora, aún cuando cayera maná del cielo, cual entonces, no por ello se libraría al pueblo de morir de hambre; los propietarios de los campos dirían "lo que sobre nuestras tierras está, nuestro es"; y los gobiernos exclamarían "lo que sobre nuestros caminos llueve es de nuestra pertenencia"; y entre ellos se explotaría el propio maná del cielo.

Padre, si no quieres ya nutrir a tus hijos ¿no podrías por lo

menos salvarlos? ¿Es que por ventura tu mano al envejecer ha perdido su fuerza?... y tu boca ¿habrá olvidado que voces hay que dar para que los faraones palidezcan?

¡Señor, salva a tus hijos que perecen y así nos será dado cantar la gloria del Padre!...

El Hijo es el Dios pobre, el Dios pueblo, el Dios crucificado que perdonó a sus verdugos, y cuya muerte no ha sido aún expiada, pues sus verdugos son siempre los mismos.

¡Oh Cristo!, ¿no has sufrido, pues, lo bastante? Tú ves que tu resignación los excita y que tu silencio los estimula.

¿No es acaso ahora tiempo, cordero tantas veces inmolado y cuyas carnes han provisto a tantas orgías, no es llegado el momento de transfigurarte, de hacer oír los rugidos del león de la Tribu de Judá, y de salir de tu tumba cabalgando en el terrible corcel que viera el apóstol en su visión, y de segar la tierra con la espada de doble filo que la palabra igualitaria hizo surgir de tu boca?...

¿Invitarás pronto ¡oh Maestro! a todas las águilas y buhos al gran festín que les preparas?...

¿Es que están ya maduras las vides?... ¿Cuándo comenzará la siega?...

¡Oh! cuando salgas del lagar, con tu túnica teñida en una nueva púrpura, exclamaremos ¡Gloria al Hijo!

El Espíritu Santo es el Dios de la inteligencia y del amor, es el espíritu de libertad y de vida que alienta al mundo. ¡Es el genio maternal de la mujer! En vano el infierno espesará las nieblas en torno a El; ha de relumbrar siempre, pues sus rayos rasgan la obscuridad cual millares de lanzas ardientes.

A El pertenece el reino que se prepara, son sus mártires los que hoy sufren ofensas. Que se de prisa este mundo corrompido, pues no le sobra mucho tiempo para triunfar. Desde este momento, serenos en las persecuciones, sonrientes ante los ultrajes y dignos en nuestra miseria exclamamos: "¡Gloria al Espíritu Santo!"

VI

EL GENIO Y EL AMOR

Un instinto sagrado dirige a los pueblos, sin que lo sospechen, en la elección y manifestación de sus símbolos.

Así, en nuestros días, en el lugar donde el despotismo tuvo otrora sus calabozos se ha elevado una columna a la libertad, y sobre la cima de esa columna irradia el ángel de la luz, el joven y glorioso Lucifer. (1)

Lucifer, el ángel del genio y de la ciencia a quien las supersticiones del medioevo habían confinado al trono de los infiernos, liberado al fin con la conciencia humana, se remonta triunfante hacia el cielo, luciendo su estrella sobre la frente y en la mano derecha la antorcha que no ha de apagarse jamás.

El Espíritu Santo tiene también ahora, como el Padre y el Hijo, una figura humana para ser invocado por los hombres, y la paloma simbólica, ha replegado sus blancas alas.

El espíritu de inteligencia y amor debe manifestarse ahora al mundo bajo los rasgos jóvenes y sonrientes de Lucifer!

La inteligencia ha sido liberada y sale victoriosa de los abismos de los réprobos, llevando de la mano al gracioso ángel del amor, que durante un tiempo fué desterrado con ella.

Pues no fué Lucifer, el único réprobo; él ha arrastrado en su caída una dulce compañía.

Cuando el Padre de los seres profirió estas palabras: "hágase la luz" su mirada se iluminó de gloria.

---

(1)— Alusión al monumento que se alza en París en el lugar en donde estaba la antigua Bastilla.— (N. del Ed.)

Los destellos de su diadema se destacaron de su frente y se esparcieron en torno suyo cual una lluvia de oro.

Luego, cada gota de luz adoptó una forma desconocida en el firmamento y tornóse en ángel.

Pero, un espíritu más bello y grande que los demás había nacido de la mirada misma y de la resplandeciente sonrisa de Dios.

Prosternáronse al nacer todos los espíritus; sólo aquél, permaneció erguido; estaba triste, pues en el esplendor de la mirada divina que lo había formado había un relámpago de libertad y una chispa de poder.

Miró entonces Dios a ese bello ángel con el celoso amor que más tarde conocieron las madres, y preguntóle: "¿Por qué estás triste?"...

"Porque advierto tu gloria que me obliga a adorarte, respondió Lucifer, porque te amo con un amor demasiado noble para poder ser tu esclavo!"

Inmediatamente el Señor apartó de él su túnica de azul salpicada de estrellas y la extendió entre su rostro y el del ángel demasiado amado. Una noche profunda envolvió a la naturaleza naciente, y la estrella que centelleaba sobre la frente de Lucifer fué la única luz que alumbró en las tinieblas, mostrándole la hondura de su soledad. Lloró entonces el ángel de la luz, pero luego levantó triunfante sus ojos bañados en lágrimas; ya no sería desdichado; era libre!...

Cerca de él, sobre una roca árida y desolada, osamenta de un viejo caos puesto en evidencia por convulsiones recientes, se hallaba sentado otro ángel que lo contemplaba sollozando, a la vez que con una dolorosa sonrisa.

"¿Quién eres?", preguntóle el ángel rebelde. "Yo soy tu hermano Ariel, o más bien, si permitido me está adoptar el lenguaje que emplearán los hombres, yo soy tu hermana, ¡oh Lucifer!

Tú eres el ángel del genio, y yo soy el genio del amor... Tú emergiste de la frente de Dios a través de su mirada como un rayo de su grandeza, y yo, de su corazón por obra de su sonrisa cual un soplo de su infinito amor.

Yo no podía vivir sin tí, y he llegado hasta tu destierro para perderme contigo, sufrir contigo y salvarme contigo.

¡Gracias, respondióle Lucifer, e imprimió su primer beso sobre la frente de Ariel. Luego le dijo:

Hermana, nos está reservada una gran tarea. Debemos emancipar a las criaturas de Dios por la inteligencia y por el amor, haciéndolas más fuertes que el temor y que los dolores. Creémos el infierno para ennoblecer el camino del cielo.

En adelante la especie humana estará dividida en dos: el rebaño de los tímidos y la falange de los bravos.

Aquéllos que teman perder la herencia que no ganarán, y que permitirán dormir a su ociosa libertad; y aquellos que sólo adoptarán como herencia a la libertad haciendo renuncia de todo lo demás.

Pero he de decirte, en verdad, que si bien Dios tiene piedad de los primeros, amará con todo su amor a los segundos porque la libertad es, de sus dones, el más bello.

Y he aquí los signos por los que se les reconocerá.

Han de ser aquéllos en quienes el amor se manifieste más poderoso que cualquier especie de temor.

Aquéllos que desdeñen el mal sin temor al infierno.

Aquéllos que practiquen el bien por el bien mismo y no por agradar u obedecer a los hombres.

En fin, aquéllos que encuentren gloria en las maldiciones, siempre que su espíritu y su corazón no los condene, pues ellos han de ser perseguidos por las almas serviles, y se pretenderá abatirlos llamándolos, como a nosotros: réprobos o parias!...

Esta palabra del más grande de los ángeles fué seguida de un trueno; y él, cual un corcel que escucha el sonido de la trompeta y olfatea desde lejos la batalla, levantó orgullosamente la cabeza, oprimió a Ariel entre sus brazos, contra su pecho henchido de valor, miró al cielo con tranquilo orgullo y pareció embriagarse con la tormenta.

En cuanto a Ariel, no percibía el trueno, no veía a los relámpagos rasgar la noche con sus lívidas llamas, pues su mirada de éxtasis perdíase en la de Lucifer.

VII

LA FRATERNIDAD

El primero que estableció sobre la tierra el concepto de la propiedad individual y egoísta, fué Caín el fratricida (1)

Y no tan sólo el bárbaro labrador adueñose de lo que no le pertenecía sino que se atrevió también a arrebatar a su hermano lo que no había de devolverle, usurpando así los derechos divinos que son los únicos posibles sobre la vida.

Caín sentó así la doble base de las instituciones modernas: la propiedad egoísta para los fuertes y la pena de muerte, para los más débiles.

Y no obstante la pena de muerte es una represalia tan horrible que Dios la ha prohibido a los hijos de Abel.

He de ser yo, dice a Caín el Señor, quien ha de castigarte por tu crimen, mas, si alguno osare atentar contra tu vida, seré también yo quien siete veces más, por ello lo castigue!

Pueblo oprimido, comprende bien esta sentencia.

Sin duda que te será permitido defenderte de tus verdugos, pero jamás reaccionar por el homicidio o la violencia.

Sabe bien que el Supremo Padre de los hombres está siempre del lado de aquellos a quienes se oprime, y que todo perseguido es inocente ante El.

Si quieres combatir por la justicia, no seas nunca ni agresor antes de la lucha, ni verdugo después de la victoria. Porque, en verdad, te digo que la sangre de tus víctimas clamaría a Dios como la sangre de Abel.

La sociedad al devolver homicidio por homicidio, ha establecido sobre esta horrible cosa una especie de derecho de cambio,

---

(1)— Caín en hebreo quiere decir propiedad.

y toda su legislación penal se resume en sólo acaparar el monopolio de la sangre y a reservarse los derechos exclusivos de la muerte.

El que con la espada hiere, por la espada perecerá, ha dicho la sabiduría suprema, y esta terrible sentencia sigue condenando a nuestras sociedades modernas a una muerte violenta.

¡Oh, Dios mío!, ¿cuándo cesaréis, pues, de exterminar a los hombres usando a los unos contra los otros, a la manera de innumerables insectos enemigos y devoradores?

Esto será cuando los hombres sean verdaderamente hombres, y no animales con figura humana.

Cuando la inteligencia distribuya las fuerzas y cuando el amor establezca la armonía.

Cuando el malvado Caín aprenda a amar y el dulce Abel aprenda a trabajar bajo la protección de su hermano.

Entonces, las suaves palabras de Abel regenerarán el alma de Caín, y habrá un cambio de inteligencia y de vigor, de resignación y de coraje.

Entonces, el genio del hombre se suavizará uniéndose estrechamente al de la mujer, y ese gran matrimonio moral, no realizado aún, renovará la faz del mundo.

Porque ahora Caín y Abel son todavía enemigos y cambian alternativamente de papel.

Y esta guerra impía separa al hombre de la mujer como separa la razón de la fe, la religión de la filosofía, Dios de la libertad.

Así, el corazón de la humanidad está separado en dos, y por esa violenta desgarradura vierte toda su sangre.

Y no se quiere comprender que Caín y Abel son hijos de la misma madre y que la sociedad debe sostener a ambos hijos.

No se ve que, si el hombre es el jefe o cabeza de esa sociedad, la mujer es su corazón y su vida.

Se teme confesar que la razón sin fe es tan estéril como un pensamiento sin amor, que la religión es la filosofía del corazón y que Dios no puede ser servido sino por hombres libres.

Hay quien se indigna al ver a una mujer entre Caín y Abel, tendiendo a ambos por igual la mano y diciéndoles: "¡Sois hermanos!"

Y se estremecen y se irritan al ver en los dos campos una mano que bendice dos banderas enemigas y que trata de reunirlas!, y ¿quién sóis vos?, interroga el reducido número de aquéllos que se dignan tomar en cuenta a una mujer.

¿Sóis demócratas o absolutistas?, ¿filósofos o fanáticos?, ¿católicos o protestantes?

Hermanos, quiero la libertad del pueblo bajo el imperio absoluto de la justicia.

Quiero una filosofía religiosa que concilie para siempre a la razón y la fe.

Quiero el triunfo de la verdad universal por la protesta contra los malos sacerdotes que la ultrajan y la mantienen cautiva.

Adoro a Cristo, pero quiero desprenderlo de la cruz y hacerlo ascender al trono con el globo de Carlomagno y la espada de Napoleón.

Porque un jefe cuyos cuatro miembros están clavados sobre un madero no puede hacer nada para salvarnos.

Quiero las nupcias del Cristo con la esposa del Cantar.

Quiero a mi Cristo victorioso tal como nos lo muestra San Juan en el Apocalípsis, con su tiara cargada de diademas, atravesando a escape sobre su caballo blanco, las multitudes vencidas, blandiendo su espada que rompe todas las cadenas y desgarra todos los pactos de servidumbre y también con su balanza en la que El no pesa las riquezas sino las obras.

Quiero verlo remontarse triunfante al cielo después de haber roto las puertas del antiguo Tártaro para liberar al bello ángel Lucifer, el genio de la libertad y de la luz.

¡Entonces María, la mujer regenerada, tenderá a ambos los brazos y los colmará de sus caricias; la nueva Eva se enorgullecerá de las guerreras conquistas de Jesús, su divino Abel, y emocionada sollozará al contemplar la dulzura de Lucifer, el ángel de Caín, al fin arrepentido y regenerado!

VIII

DIOS Y LA MADRE

Una vez, sobre uno de esos prados floridos que se inclinan en la vertiente de los Alpes, jugaban dos niños, al borde de un precipicio.

Y no tenían nada que temer, pues a muy pequeña distancia hallábase sentada también su madre, la cual no les quitaba los ojos de encima.

Angeles míos, decíales ésta, no vayáis a buscar flores allí donde la pendiente es muy pronunciada; resbalaríais y caeríais al abismo.

Mas, ¡en el inclinado prado crecía tan fresco, tan tupido y bello el césped! ¡tan frágiles y seductoras las flores!...

El menor de los niños, más ignorante del peligro que su hermano, como era natural, fué también más audaz y aprovechó del momento en que éste distraía a su madre mostrándole un escarabajo de doradas alas para correr hacia donde lucían las prohibidas flores.

De pronto un grito rasga el aire; el pie del niño se ha resbalado y éste rueda hacia un abismo sin fondo; tan sólo una raíz de la que, en mitad de su caída ha logrado cogerse y que se quiebra lentamente bajo su peso, lo retiene aún...

Yo os pregunto lo que hizo la madre.

"¡Ah, pobre mujer!: sin duda alguna salvó a su hijo o pereció con él..."

Vuestra respuesta es el grito mismo de la naturaleza.

El Dios que adoramos habla así por boca de uno de sus profetas al dirigirse a sus criaturas bien amadas.

¿Acaso puede una madre olvidar a su hijo y no tener piedad del fruto de sus entrañas?... Pues bien, si ella os olvidare, no os olvidaré yo.

No puede ser ese Dios el de los malos sacerdotes.

Si el Dios de los malos sacerdotes se hubiese encontrado en el lugar de la madre, habría permanecido impasible y habría dicho a su hijo: ¡Cae y muere! Yo te había advertido, tú lo has querido.

Pero, me diréis, el Dios de los malos sacerdotes es, no obstante, el Dios de los Cristianos! ¿y acaso no hizo Este lo que la madre del niño de quien habláis? ¿No se lanzó El, acaso, hasta el abismo para salvar a los pecadores?

No ha descendido hasta los infiernos para rescatar a la naturaleza humana del fondo más desesperado de su caída?

Sí, el Dios de los Cristianos ha hecho eso, pero el Dios de los malos sacerdotes ha tornado inútiles todos sus esfuerzos.

El Dios de los Cristianos ha derramado su sangre por todos los hombres, pero el Dios de los malos sacerdotes la ha recogido gota a gota en un avaro cáliz y la ha vendido a un reducido número de dichosos.

El Dios de los Cristianos fué un paria a quien sacrificaron; el Dios de los malos sacerdotes es un aristócrata que con las treinta monedas de plata de Judas ha comprado a los verdugos las investiduras de Cristo, con el fin de mentir a los hombres en el propio nombre de su víctima.

El Dios de los Cristianos ha roto las puertas del infierno y se las ha llevado en triunfo tal como el Sansón de la parábola, cargada sobre sus hombros, las puertas de Gaza.

El Dios de los malos sacerdotes ha reemplazado las puertas de bronce por puertas de hierro y de diamante sobre las cuales ha escrito: "¡No más esperanzas!"

Según los sacerdotes hipócritas, Dios murió para salvar a los hombres y devolverles la vida. Y no obstante no dejan por ello de sepultarse las generaciones en la muerte eterna al no escuchar a los fariseos de la nueva ley.

Según esos hombres, el cielo y la tierra no han sido creados, Dios no se encarnó ni fué crucificado sino por la salvación de algunos monjes beatos y de algunas mujercillas imbéciles; en cuanto a lo que constituye ese gran rebaño cuyo buen pastor era Cristo, los ignorantes, los pecadores, los poseídos por los espíritus impuros, las pobres mujeres pecadoras, la humanidad doliente, en fin, están de antemano destinados al infierno, a menos que, por un milagro de gracia, algunos de ellos se hagan bendecir y aprobar por aquéllos doctores hipócritas que no bendicen más que a los dichosos y no aprueban más que a los que se les parecen.

Y ¿qué nos está dado decir, ya que Dios permite que perezca para siempre el mayor número de nosotros, El que no salvó tampoco a los ángeles?

Y ¿por qué no ha salvado Dios a los ángeles ¿eran acaso menos que vosotros, sus criaturas y sus hijos?

Los ángeles eran inteligencias superiores; su depravación ha sido demasiado deliberada y por ello irreparable.

¡Cómo! Me preguntáis ¡Cómo! los ángeles con una inteligencia superior han podido separarse para siempre de Dios de tal manera que ya nada pueda aproximarlos a El... ¡Qué misterio terrible! El único medio de comprender que por causa de su misma inteligencia, no puedan jamás retractarse de sus errores, es admitir que en ningún momento se equivocaron y que en la rebeldía subsiste una verdad eterna!...

Entonces, es preciso admitir los dos principios de Manés y la eternidad del caos, o creer que los ángeles rebeldes, los revolucionarios del Cielo, son los celestes mártires de la inteligencia y del amor, y que trabajan utilizando el dolor, por la emancipación de los seres y por la manifestación del más bello don que la Divinidad pudo dar a sus criaturas: la libertad!

Porque son inteligentes, no les está dado arrepentirse. ¿No estriba en esto la expresión más perfecta de la perseverancia concienzuda y clara?

Nó; la libertad de los ángeles y de las almas no puede hallarse en la eternidad del mal, puesto que el mal no es más que ignorancia y error!

Nó, no es posible que, después de haber dotado Dios a los espíritus de libertad, pueda restársela, sobre todo en el momento en que ella se extravía, pues que al dar a los ángeles y a los hombres esa parte de su divinidad, pudo muy bien prever, que al fin salvaría ella todo cuanto antes perdiera, y que el mal acaecido por su causa, será al fin destruído por la misma.

La libertad de elección entre el bien y el mal, es decir, entre la verdad y el error, no puede concluír sino por la adhesión libre y eterna al bien, a lo verdadero, a lo cierto. Sólo la ciencia excluye la duda; sólo la perfecta dicha excluye las inquietudes del deseo.

El ser hecho para el bien no puede, por su propia voluntad, fijarse para siempre en el mal. Suponer que Dios aprovechará de una caída de su hijo para retirarle su mano y encerrarlo en el abismo, constituye la más abominable de las blasfemias.

Dios permite las caídas y los errores de sus criaturas para educar su libre albedrío. Todo error produce desorden; todo desorden, dolor; todo dolor, reacción y arrepentimiento; y todo arrepentimiento, progreso.

Así, pues, el perdón está en la pena, y la salvación en la reprobación.

Así, los ángeles caídos sirven de ejemplo a los ángeles fieles y son por ello, los mártires y los parias de la sociedad celeste.

Pero, recordad la parábola del hijo pródigo y comprended por qué el jefe de familia colma con todas sus caricias y todos los honores de su casa a aquél que ha pecado, cuando por sí mismo torna a su seno, vencido por los sufrimientos y conmovido por el arrepentimiento!

Pues, bien, preciso es renunciar a la bondad de Dios, o creer que algún día los parias del cielo serán príncipes y reyes entre los ángeles. Pues Dios no los creó malos; si luego el orgullo los arrastró a la rebeldía, es porque Dios les dió ese orgullo, que es una noble aspiración a la gloria.

Además, Dios no infunde deseos sino para satisfacerlos, no excita la sed sino en aquéllos en quienes está pronto a apagarla.

Cuando la sed del orgullo ha escanciado las fuentes de la vanidad, se vuelve jadeante y delirante hacia el inagotable océano de la gloria.

Cuando la sed de riquezas es burlada por los perecederos tesoros de la tierra, se avalanza codiciosa sobre las inextinguibles minas del oro celeste y de la caridad divina.

Cuando la sed de voluptuosidades es irritada por la decepción de los sentidos, se lanza infatigable y ardiendo de amor hacia las caricias de la belleza eterna, y ningún trabajo, ningún sacrificio, ningún dolor, le parecen demasiado penosos para merecerlas y obtenerlas.

Si el hombre pudiese realmente resistirse a Dios, Dios, al darle ese poder, se habría dado a sí mismo un mentís eterno!

El hombre puede hacer lo que quiere, mas no le es dado elegir sus impulsos. Existe una atracción que lo determina!, esa atracción viene de Dios.

Los mismos errores del hombre son providenciales; es preciso levantarlo y no castigarlo cuando cae; es preciso instruírlo cuando se extravía y no declararlo responsable de sus errores.

Y si es temerario castigar al hombre que no hizo a su semejante ¿cómo queréis que Dios vengue en su propia obra la imperfección de que ésta adolece?...

Lo que llamamos en el hombre, "libre albedrío" no es una libertad real, pues si lo fuera elegiría él, siempre el bien.

¿Es natural por ventura, querer el mal?... Constituye siempre el atractivo de un bien lo que determina la elección del hombre; pues entonces, el bien que éste prefiere está en razón directa de la mayor o menor justeza de sus precepciones.

Según el nivel que alcanza el hombre en la escala del progreso, es todavía animal o semi-animal, o un ser inteligente y libre.

No castiguéis al animal porque obedece a sus instintos; contened esos instintos por el temor, y dirigidlos por la inteligencia y el amor.

IX

EL AMOR

"Amad y haced lo que queráis", ha dicho un padre de la Iglesia.

Luego es en esta frase en la que se resume todo el Evangelio del Espíritu Santo.

Cuando se ama verdaderamente, se es libre, pues el amor está por encima de todos los poderes, y vence todas las sujeciones.

De donde se desprende que la humanidad aún no es libre, puesto que aún no ha comprendido lo que es amar.

Hasta el presente sólo se ha tenido por amor, el impulso de un sexo hacia el otro. Instinto, a menudo brutal, siempre egoísta, inconstante como la vida animal en sus diversas fases, y más despiadada que el infierno, en sus insensatos celos!...

Extraño amor que busca incesantemente víctimas; que, sin remordimiento, las arrastra, las posee sin piedad, las devora sin horror, y abandona con asco sus restos vivos aún.

Extraño amor, cuya inocencia debe conservarse como se conserva la muerte!...

El verdedero amor es inseparable de la inteligencia y domina los instintos de la vida animal.

El verdadero amor es el impulso de la voluntad y la atracción de la inteligencia hacia lo verdadero.

Pues, el bien no está sino en lo verdadero, y lo verdadero es inseparable del bien.

Amar a una criatura humana, no es codiciarla cual a una presa, no es desearla, para gozar de ella con exclusividad, pues

existe para la persona que es objeto de tal amor, algo preferible a éste; el odio.

Amar, es desear el bien de la persona amada; es la consagración absoluta a la felicidad de otro.

Amar es cifrar en otro corazón todas las propias esperanzas y toda la vida, de tal manera que sufra con los tormentos que lo conduele y se goce con sus alegrías.

Amar a Dios, es amar a la verdad y a la justicia más que a todos los honores y a todos los placeres de la tierra.

Pero, no es posible amar a Dios sin amar a los hombres, pues Dios no se manifiesta a nosotros sino involucrado en la humanidad, y es dentro de ella como El quiere ser amado por nosotros.

Aquél que más ha amado a los hombres fué un Hombre-Dios; pues llevando su abnegación hasta ofrendar su vida humana, ingresó por el amor en una vida divina.

Aquél que ama a la humanidad entera más que a sí mismo, es un hijo de Cristo y un continuador de su obra: es un hijo del Hombre-Dios.

Aquél que ama a un pueblo más que a sí mismo, merece reinar sobre ese pueblo, y el porvenir deberá reconocer por ese solo indicio a sus legítimos reyes.

Aquél que ama a su amigo más que a sí mismo, se eleva por ese amigo por encima de la humanidad; se convierte en su ángel de la guarda y su providencia visible.

Aquél que ama a una mujer más que a sí mismo, merece ser amado por ella y poseer su belleza, pues no la atormentará con sus egoístas exigencias y no la abandonará jamás.

Dicho fué a los antiguos: Amad al prójimo como a vosotros mismos.

Y bien, si queréis ahora que el amor os salve, amad a vuestro prójimo más que a vosotros mismos!...

La caridad bien ordenada comienza por sí mismo, han dicho los egoístas, para desmentir al Evangelio de Cristo.

Y yo os digo que, si queréis saber amaros a vosotros mismos, es preciso que comencéis por amar a los demás.

Pues hay que aprender a dar para bien recibir. ¿No ha dicho Cristo que el ser más feliz es el que da?

"El egoísmo bien ordenado comienza por los demás". Esta es la máxima que se debe oponer a la de los hombres exentos de amor.

Tan sólo por un grande e inteligente amor nos será dado saber vencer nuestras pasiones y resistir a las ajenas.

El verdadero amor es fuerte como Dios, y es por esto que no teme a los hombres.

Y como domina a la codicia y a sus deseos injustos y de temores serviles, él es el único verdaderamente libre.

Y he aquí por qué, hasta el presente, para las multitudes, la libertad no ha sido más que una palabra. Precisa liberar en su interior a los hombres antes de romper sus cadenas externas, pues de otra manera es como desencadenar bestias feroces y se entrega a los furores de la turba insensata, a un reducido número de personas cabales.

Trabajad, pues ,primeramente por vuestra liberación moral, hermanos que aspiráis a ser libres, y antes de oponer la fuerza a la fuerza, preguntáos si sóis hombres o sóis brutos, si obedecéis a la razón o a los instintos, si codiciáis o amáis.

El amor es la vida, el amor es la fuerza; el amor es el poder, es la libertad!...

Es el amor quien crea, quien conserva, quien salva, quien regenera.

Y he aquí, por qué el porvenir pertenece a la mujer, pues el amor a través de ella presenta en su desarrollo tres fases.

En su iniciación es filial; luego conyugal, y después maternal.

Este último aspecto es el más perfecto, y es por él que la humanidad comulga con Dios. (1)

La mujer se eleva pues, más alto que el hombre en la escala del amor, y cuando éste domine a la fuerza, la mujer será la reina del mundo.

---

(1)— Flora escribía habitualmente la palabra Dieu (Dios) con x: *Dieux*.

X

LA FE

Hay dos clases de fe: la fe servil y la fe generosa.

Joven: nos debes creer: Somos viejos, y por tanto los confidentes de tu padre. El te ha desheredado y te proscribe para siempre porque lo has ofendido.

"Si he ofendido a mi noble padre, es sin saberlo ni quererlo. Yo abrazaré sus rodillas, lloraré sobre su mano venerable y él perdonará a su hijo".

Joven, tú no tienes en nosotros ciega confianza, y no obstante somos los amigos de tu padre. Es a nosotros a quienes has ofendido, y antes de doblegarlo, será preciso que nos doblegues a nosotros, pues tan sólo por nosotros es factible llegar a él.

"Vosotros sóis unos ancianos; respeto vuestra edad, pero deshonráis con la mentira vuestros blancos cabellos; yo desconfío de vosotros. Si sólo profiriérais palabras justas, sabias y honorables para con mi padre, yo creería en vosotros. Mas, lo hacéis aparecer solidarizado con vuestras malas pasiones, y con vuestra resentida susceptibilidad. Lo presentáis como un padre sin misericordia y sin entrañas".

"Yo en el fondo de mi corazón siento que no decís verdad, pues conozco a mi padre y no creo en vosotros, porque creo en él".

"El amor cree en todo", ha dicho el gran apóstol; es decir, que el amor, padre de la libertad, no se extraña de ningún sacrificio ni concibe ningún imposible.

Pero, también, el miedo cree en todo, y no rehusa la servidumbre temblorosa de su alma a ningún absurdo.

Si no me créis, arderéis eternamente, dice el sacerdote.

Y yo, responde el paria, preferiría un martirio eterno que la cobardía de un solo instante!

¿Sabes tú lo que es la razón y lo que representa la libertad de la inteligencia cuyo sacrificio me pides?...

¿Ignoras que la libertad no puede someterse sino libremente, y que jamás inclina su frente para someterse al yugo del miedo?

¡Ah! tú quieres intimarme para que yo mate a mi alma, prostituyéndola al temor!

Pues bien, te declaro, que no te creo y que desafío a tu infierno!

A lo que parece, tu Dios se asemeja a esos procónsules de Roma que, con una mano mostraban a los mártires, sus ídolos, y con la otra la hoguera.

Yo no quiero un Dios que procede como los tiranos y que actúa como los verdugos.

Atrás, anciano, con tus misterios, cuyas tinieblas infernales acrecen para mí la obscuridad. Yo no creo en tí, porque creo en Dios!

La fe del hombre es la expresión religiosa de su corazón, es su vida moral; pues moralmente hablando, el hombre sin fe es un muerto.

La fe es el sentimiento de la vida y de la armonía eterna; la fe es la fuerza de los corazones y el arrojo de la inteligencia.

La fe es el perpetuo sacrificio de nuestras más nobles facultades a la verdad eterna.

La fe es inseparable del amor y de la libertad, y por ello es independiente de los hombres, y no se entrega a éstos más que con vistas a Dios y a causa de El solo.

Sólo la fe mantiene la energía de la voluntad, y si la voluntad humana es todo poderosa, se debe a la fe.

¿Y cómo hemos de luchar contra el presente que nos mata, si no creemos en el porvenir?

Creamos en la justicia eterna; creamos en su fuerza irresistible; creamos en su triunfo, y luchemos con energía.

Si tuviéseis algo de fe, decía el Cristo, si tan sólo tuviéseis de ella nada más que el equivalente a un grano de mostaza, diríais a esa montaña: "Apártate de allí", y la montaña os obedecería.

¿Acaso no ha realizado la industria que no tiene más fe que la del dinero y la de sí misma, prodigios mayores?...

¿Acaso no ha ..ETAOIN

Ved a la industria, ayudada por el genio del hombre y sostenida por su fe en un porvenir de riquezas, haciendo hervir la vida en los flancos del metal caldeado, y ordenar a sus corceles de hierro: "¡relinchad y adelante!"

La naturaleza vencida, lanza un grito de terror; el monstruo de metal pitea espantado y como indignado por tener que obedecer; sus fauces enrojecen y centellean al extremo de su trompa de fierro; arroja al viento su larga y blanca crin de humo; sopla con furia, y, poco a poco, se anima; se lanza arrastrando consigo toda una ciudad rodante. El aire violentamente desgarrado, se arremolina en su derredor cual una tempestad, y he aquí que los horizontes se suceden, que las montañas se desplazan, que huyen los collados, que los árboles danzan en ronda, y parecen ejecutar marchas militares.... Y luego, más cerca, confúndese todo en una singlodura rayada con tonos vagos y cambiantes... Los cuerpos han desaparecido; sólo subsiste una ilusión, un relámpago; la terrible máquina parece devorar las casas, los árboles, las laderas, y arrojarlos tras de sí, aturdidos, tornantes y mal asegurados sobre sus bases... ¡Hurrah!, ¡hurrah!, grita la industria como el fantasma de la balada de Leonora. Mi infernal corcel va ligero... ¡Ah! Ahora los fantasmas se han trocado en maravillas, y por eso no se atreven a salir de noche, ¡tanto los espantaban los prodigios de la industria!... Mirad allá sobre las alturas, ese dragón negro y colosal que se aproxima con la rapidez de la pólvora, vomitando llamas!....

Pero aquí, las alturas están cortadas a pico y un torrente se abalanza sobre el profundo valle! el monstruo no nos alcanzará... ¡Oh terror!... ¡ha pasado sobre el vacío... ¿Oís cómo re-

sopla?... ¡Hélo aquí! ¡hélo aquí! Arrastra tras de sí en el viento, una nube ardiente que semeja un estandarte infernal arroja al espacio millares de chispas, y escápase de sus flancos un sudor de fuego, y deja un reflejo rojo bajo sus pies invisibles. ¡Se nos acerca ya! pasa gruñendo como la tempestad! pero es rápido cual el relámpago... ¿Dónde está?... Sin duda, estuvimos soñando!... Hurrah, Hurrah!", dice la industria.

No, deteneos; responde la alta y antigua montaña... No treparéis hasta mi escarpada cumbre, os quebraré si osáis lastimar mis flancos"...

El corcel relincha y acude; se hunde como una espada en el flanco de la montaña que gime. El terrible relincho retumba y se aleja en las entrañas de la tierra donde el dragón desapareciera; percíbese ya en otros campos el agudo silbido que los anuncia; la montaña que lo engulló sin lograr detenerlo lo vomita soberbio y triunfante. Un palacio mágico, iluminado como para una fiesta, parece acudir al encuentro de él. Todo un pueblo espera allí el paso de la ciudad rodante; el corcel metálico lanza un grito de júbilo y parece impaciente por reposar; se agota su aliento; se detiene... Ya no es más que una máquina de hierro y cobre, una masa pesada y sin vida que los más vigorosos caballos apenas lograrían mover.

¡Con la fe, un sencillo sacerdote ha edificado un templo magnífico! La Iglesia de San Sulpicio cuyas torres, que contemplo desde mis ventanas me recuerda a cada instante los milagros de la fe!

Y yo también creía; y entonces realicé cosas mayores que desplazar montañas y arrojar agua sobre las rocas estériles!...

He asociado a pesar suyo a mi obra, un siglo egoísta; mi entusiasmo triunfaba de su indiferencia; yo creía y obtuve recursos para mi obra; y ¿osaríais decir, parias, hermanas y hermanos míos, que nuestra salvación no es posible, siendo así, que creyendo yo, he creado recursos para mi obra?

Podréis, cuando queráis, habéis de querer cuando tengáis fe, y tendréis fe, cuando améis!

XI

LA LIBERTAD

El despotismo representaba la violenta emancipación de la aristocracia. La fuerza brutal, al tratar de hacerse libre, esclaviza necesariamente a los débiles y el tirano es aquel que se exime de los deberes de hombre para infundir a sus pasiones un impulso desenfrenado. La falsa libertad es, pues, hermana de la tiranía, y la licencia requiere necesariamente esclavos porque le precisan víctimas.

Luego, en tanto que las pasiones brutales se disputen sobre la tierra el derecho a la licencia, no ha de haber en ella, cabida para la libertad.

La aristocracia, es decir, el egoísmo de la dominación, no es tan sólo característica de los grandes; también roe las entrañas del pueblo y se traiciona, con gritos de rabia y de envidia!

Sí; he ahí la mayor desdicha de las clases que sufren; el pobre desprecia al pobre y se hace un servil admirador del rico a quien detesta y a quien envidia!...

¿Y con qué derecho, miserables envidiosos, pretendéis despojar al rico, vosotros que, en su lugar, seríais más duros y más indolentes que ellos?

El ha ganado sus riquezas por medio del fraude, lo acepto; heredero de ladrones, tampoco él tenía conciencia, no lo dudo. Pero vosotros ¿con qué derecho queréis suplantarlo por la fuerza?

¿Acaso el bandido que degüella es preferible al bribón que defrauda?

Hermanos que queréis la comunidad entre los hombres, aspiráis a lo que el propio Cristo aspiró.

Pero sabed, que la cumunidad de Cristo debe tener por base el triunfo de la justicia y no la reacción de las pasiones brutales.

Antes de pensar en combatir por la libertad, mereced el nombre de hombres libres!

Constituid un pueblo si queréis tener los derechos a la soberanía de un pueblo.

Constituid un pueblo, y veréis si es posible que puedan subsistir tiranos ante vosotros!

Cuando un pueblo verdaderamente pueblo, se pone de pie en aras de su libertad, ningún poder humano se le resiste. Esta grande y bella frase ha sido atribuída al jefe del actual gobierno francés.

Si fuere de él, bastaría para responder en nombre de ese rey, a todas las injurias de los partidos.

¿De qué os quejáis si obedecéis? Como se conoce a los hombres, se les gobierna. No sóis un pueblo; sóis colegiales, y el maestro tiene razón en castigaros.

En verdad, os digo de nuevo, no habéis de ser libres, en tanto que no sepáis amar; y cómo habríais de saber si no queréis saber nada de la mujer?

XII

LA RELIGION

¡La verdadera religión es el amor de Dios (Dieux) (1) viviente en la humanidad!

¡Atrás ahora las expresiones simbólicas; atrás las nubes de la fábula y de la leyenda! libertad al amor para que el amor nos haga libres! Dios es simple y único en tres términos, como la humanidad, su imagen.

En El reside el principio generador, el principio que concibe y alumbra, y al decir alumbra manifiesto que constituye el mundo.

El principio generador es inteligencia y amor; el principio que concibe es actividad y fuerza, y el resultado de su cooperación lleva por nombre, leyes de la naturaleza.

En la humanidad actúan el padre, la madre y el hijo.

Dios es a la vez el padre y la madre, y el mundo que se acrecenta y se perfecciona sin cesar en el seño de Dios es como el embrión maravilloso de esa fecundación eterna.

Se revela a nuestra inteligencia como el sol a nuestros ojos, y a nuestro corazón, como el calor de nuestros miembros.

Parias, hermanos míos, creed en Dios, pues sin El, el apetito del bruto debe ser la única regla, y la fuerza, ley!

¿Cómo, decís que los hombres son hermanos y renegáis del padre común de ellos?

Y si no hay Dios ni revelación, ¿cómo habréis de saber el

---

(1)— Al añadir una x al nombre de Dios, Flora quería expresar la pluralidad en la unidad. Como el Eloim de los Hebreos.

grado de fraternidad que puede existir entre seres diferentes, entre el fuerte y el débil, entre el hombre astuto y el pobre idiota?

¿Es que por fortuna, no parece el uno ser hecho para imperar sobre el otro, y es que aquel que necesita de tutela parece haber nacido para obedecer?...

¿Quién hará la ley? ¿Quién normará los derechos de uno y de otro?

Los más fuertes o los más inteligentes dictarán siempre las leyes y las dictarán en el interés de sus pasiones, puesto que es preciso que el materialismo legitime todas las pasiones.

Así, después de haber combatido como bandoleros para despojar a los ricos, os llegará el turno de ser también ricos, y tomaréis vuestras precauciones para que no se os haga, lo que vos habréis hecho a los demás; y seréis peores tiranos que los primeros; encomendaréis vuestra seguridad a la fuerza brutal que es el único poder material, e impediréis al pueblo que se instruya con el fin de que ignore sus derechos.

He ahí adonde os conduce fatalmente el ateísmo y el materialismo que invocáis como medios de liberación.

No son esas por cierto las convicciones de los discípulos del Cristo y de los apóstoles de la Comunidad Cristiana.

Desde luego, no queremos comenzar por excomulgarnos del proceso religioso de la inteligencia para reivindicar nuestros derechos a la fraternidad universal.

No tenemos ya que temer a la picardía de los malos sacerdotes; ya no creemos en una revelación aristocrática confiada por medio de milagros a privilegiados.

Ya no buscamos a Dios fuera de la humanidad; El está en nosotros, y nosotros en El, se revela en el desarrollo de dos facultades de nuestra alma: la inteligencia y el amor. Bienaventurados los que tienen el corazón puro, porque ellos verán a Dios, ha dicho el Salvador.

Concebido por la inteligencia, su culto interior, es la filosofía; soñado por el amor, su nombre es religión.

Por lo demás, la religión es una y múltiple como el pensa-

miento humano, extendida hasta lo infinito por las aspiraciones del amor. Ha germinado en la humanidad como un soberbio árbol que ha pasado por su proceso de desarrollo y sus fases; las fábulas graciosas del helenismo han sido las flores de ese árbol amado de los poetas, y los dogmas cristianos han sido sus frutos.

Orfeo, Confucio, Sócrates, Platón, han sido como Moisés y Jeremías, los precursores del hombre perfecto, del Verbo Encarnado, del Hombre-Dios.

Por qué la idea de un Hombre-Dios había de chocar con nuestra razón?...

¿Acaso no somos todos partícipes de la esencia de Dios?... y ¿por qué entonces el jefe y el modelo de la humanidad no había de llamarse el Hombre-Dios por excelencia?

¡Ay de aquel que no vea en el progreso de la razón humana, resplandecer el sol de la verdad eterna! ¡Ay de quien se atreva a creer que la humanidad se ha engañado y que Dios la ha dejado durante siglos agobiada bajo el yugo del error!

¡No os moféis de los antiguos honores a Júpiter, vosotros que veneráis a Jehová!

No blasfeméis por el nombre de Apolo, vosotros que adoráis a Cristo, pues bajo dos nombres diferentes, descubrimos el Logos de Platón y el Verbo de los Cristianos!

Vergüenza caiga sobre esos vándalos cuyo martillo amenaza aún nuestras basílicas, y que nuevamente encienden los hachones de Omar para incendiar nuestras bibliotecas!

¡Vergüenza y repudio eterno sobre esos pretendidos comunistas que quieren despojar a la humanidad de su progreso y de su Dios!

¡Gloria a las dulces y rientes divinidades del Olimpo, resumidos en el Dios único de Sócrates y de Jesús!

¡Gloria a la Virgen del Catolicismo, símbolo pleno de gracia y de amor a la mujer regenerada! ¡Gloria a los Santos de la leyenda, místicas personificaciones de las virtudes espiritualistas! ¡Gloria al nombre de la Iglesia Católica, ese nombre lleno de porvenir que significa Asociación Universal!

A nos, ahora, la heredad de los siglos; a la Ciencia la tarea de levantar el velo de los misterios. Son el amor y la inteligencia quienes, en lo venidero, oficiarán de sacerdotes, como lo hicieron en todo tiempo los videntes y los profetas!

A nos, ahora, el realizar la comunión universal, la comunión de todos en todos, y de todos en cada uno!

En el nombre de Cristo y de sus apóstoles, en el nombre de Platón y de sus discípulos, en el nombre de Tomás Moro, el mártir; en nombre de todos los grandes hombres del Cristianismo, poned término al individualismo que os separa. Comprended bien que la palabra propiedad es lo opuesto a la palabra comunión, y que, puesto que la comunión es el resumen de la idea religiosa, porque ella reune a los hombres, la apropiación es el principio constituyente del mal porque los divide o los obliga a combatir los unos contra los otros.

El cielo es una comunión eterna; el infierno una propiedad disputada eternamente.

XIII

EL BIEN Y EL MAL

¡Hermanos, desterrad primeramente de vuestro corazón todo sentimiento de odio y de venganza!

Si la sociedad es mala, todos los miembros de la sociedad sufren por ello, y no son menos infelices los opresores que los oprimidos.

¡Oh! si supiese el pobre todo lo que se oculta de angustias y de torturas bajo las espléndidas galas del malvado rico, tendría compasión de él!

Si los hombres son malos, es porque aún ignoran el verdadero bien y porque como los niños, se esclavizan a las concupiscencias animales.

No se debe tratar de ejercer otras violencias contra los malvados que las precisas para contenerlos como se contiene a los insanos a quienes la fiebre torna furiosos, o para curarlos aún a pesar suyo. Como se hace con los pobres insanos.

Sin duda alguna, es preciso unirse para resistir el mal; es preciso protestar a toda hora y a todo instante; es preciso rechazar la fuerza injusta por la fuerza de la justicia.

Pero que no sea para vengarnos de aquéllos que nos oprimen. Pensemos más bien en liberarlos de su propia tiranía, que no es menos pesada de lo que es para nosotros la esclavitud que nos imponen.

No nos agrupemos al grito de "Muerte a los tiranos"! Gritemos: "Muera la tiranía"! Y que todos los hombres se salven.

¡Si hemos de combatir, que ello sea para conquistar la paz en nombre de la justicia! Y aún más, si algún día el pueblo se ve

obligado a luchar, aleccionado ya por la triste experiencia de una revolución abortada, no ensangrentará más su victoria; pues toda venganza es absurda y toda sanción viciosa.

Aquéllos que hacen el mal, son enfermos morales. Y no es lógico irritarse contra los enfermos ni es natural darles la muerte; antes bien, se les debe cuidar y curar!

Cuando los hombres sean más cuerdos, la sanción será reemplazada por la higiene moral, y los criminales serán tratados en hospicios especiales como alienados o como niños enfermos!

¿Creéis que a conciencia y voluntariamente, puede el hombre elegir nunca el mal siéndole dado realizar el bien?

Son las enfermedades de la inteligencia las que depravan la voluntad y la impelen a hacer una elección mala, induciéndola a error por el atractivo de un falso bien!

¡Todo pecado es una caída para el alma! y la sociedad es una madre brutal y sin inteligencia cuando castiga a sus hijos por haber caído.

Debería, por el contrario, tendérseles la mano, levantarlos y curarlos.

La sociedad debería enlutarse cuando un hermano da muerte a su hermano, y debería expiar tales felonías, realizando heroicos esfuerzos de caridad y de conciliación entre los hombres. La manera de expiar un asesinato, sería salvar a un hombre.

En lugar de eso, ya sabéis cómo se procede en esta nuestra época de infamia y de barbarie.

Para expiar un homicidio se comete solemnemente otro, un segundo, y para probar al insensato que nunca le estuvo permitido matar a su hermano, se le mata a él.

¡Oh! ¡piedad profunda para estos pobres salvajes que se llaman civilizados!

¡Piedad para esa sociedad de verdugos que tortura y desmoraliza a las almas por medio de la miseria, y que remedia con un segur en mano los desórdenes casi siempre ocasionados por el hambre!

¡Piedad profunda para esos desgraciados que nos maldicen y nos suponen enemigos suyos, porque tratamos de salvarlos del infierno de sus propias instituciones!

Dejemos vociferar a esos insensatos, y prosigamos nuestra obra. Guerra implacable al abuso; paz y misericordia para los hombres!

Sepamos bien que ceder a la injusticia, es ser cómplice de la injusticia misma. Opongamos primeramente a los crímenes sociales, una resistencia pasiva; luego, si se quiere constreñirnos a la iniquidad, por la fuerza, se nos encontrará a todos unidos!

Estamos exentos de cólera y de odio; somos fuertes por nuestros derechos; tenemos fe en el porvenir y estamos determinados a vencer, porque ello es preciso y porque el momento ha llegado. Así pues, hermanos que pretendéis ser nuestros amos, hacednos justicia y no nos ataquéis!

En cuanto a vosotros, hermanos y hermanas míos, no tengo más que repetiros la frase de orden del Cristo: "Sencillez de paloma en los fines; prudencia de serpiente en los medios".

No choquéis irreflexivamente con la fuerza; seríais deshecho por ella; dejad que la fuerza se gaste oponiéndole la inercia, y despistadla por la astucia.

¿Por qué habéis de conceder a vuestro enemigo las ventajas de una lucha inteligente? Oponed a su infatigable jesuitismo una destreza más que jesuítica!

No le debéis verdad a los mentirosos; no debéis confianza a los ladrones; no debéis abnegación a los asesinos!

Haced para el bien, los que ellos practican para el mal. Quien aspira a los fines, adopta los medios!

Aquéllos que se dejan derrotar voluntariamente, traicionan su propia causa. Y ¿por qué entonces habríais de ceder, si la razón está con vosotros?

XIV

EL EVANGELIO Y LA MUJER - GUIA

El principio del Evangelio no data sólo de hace mil ochocientos años, pues su moral es eterna.

El Cristo ha resumido el Evangelio de la humanidad y de la moral universal en el dogma de la unidad divina y humana.

En su Sermón de la Montaña apoyóse sobre las doctrinas del pasado y las hizo dar tan sólo un paso adelante.

El Evangelio, en su más amplia acepción, es la verdad universal; es la verdad manifestada por la palabra o por el Verbo.

En un principio érase el Verbo (o la palabra), dice el Evangelio, y la palabra estaba en Dios.

Y el mismo Dios era una palabra viviente.

Todo ha sido hecho por ella, y nada de lo que se hace, se hace sin ella.

Ella es la vida, porque la vida de la inteligencia es la luz.

Y esa luz se hizo visible entre las tinieblas que la rechazaba. Pero no por ello es menos fulgente su esplendor; y aquéllos que la han visto, saben lo que precisa hacer para ser hijos de Dios.

Pues, la palabra se ha tornado palpable; el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros.

Así, el Evangelio es la idea de la perfección humana manifestada por la palabra y los ejemplos de un ser viviente, el cual es Jesús.

Pero Jesús, el hombre simbólico, no ha llevado a cabo aún

más que la primera fase de su existencia; supo primero resignarse y morir; precisa ahora que resucite y triunfe.

Después de la resignación, la protesta. Después del martirio, el juzgamiento de los verdugos. Después de las angustias de la muerte, la plenitud de la vida.

Es preciso ahora que el Cristo concluya su obra y que se remonte a la montaña para instruírnos; pero esa montaña no debe ser ya el Calvario sangriento, le esperamos ahora sobre el glorioso Tabor; ya no viudo y aislado, sino apoyado en una mujer-guía!

Y entonces tomará la palabra para proclamar las nuevas bienaventuranzas.

¡Bienaventurados, ha de decir, aquéllos que son ricos en inteligencia y amor, pues ellos serán los príncipes del cielo y los reyes de la tierra!

¡Bienaventurados aquéllos que poseen el coraje de sus convicciones, pues triunfarán en el mundo!

¡Bienaventurados aquéllos que han sufrido y que enjugan sus lágrimas diciendo: Es tiempo de actuar, porque ellos eran niños pero se han convertido ya en hombres!

¡Bienaventurados aquéllos que no piensan sino en liberar a la humanidad de sus males y no en vengar las injurias recibidas, porque todo les será perdonado!

¡Bienaventurados aquéllos que distinguen a Dios a través de su inteligencia y de su amor, y que no tienen necesidad de la doctrina de los hombres!

¡Bienaventurados aquéllos que protestan y que combaten sin cólera porque son fuertes como Dios mismo!

¡Bienaventurados aquéllos que para implantar el reino de la justicia, comienzan por practicarla, pues ellos poseen lo que desean.

¡Bienaventurados aquéllos que han sido perseguidos y que triunfan sin venganza, pues ellos son hijos de Dios e imitadores de su Cristo.

En verdad, os digo, que si vuestra propia justicia no es más

pródiga que la de vuestros sacerdotes y monjes, no podéis veros libres de sus enseñanzas y de sus prácticas estrechas!

Yo os había dicho: Aquel que insultase a su hermano, merecerá ser juzgado; y ahora os digo: Aquel que no se inquietare por las necesidades de su hermano, merecerá ser condenado.

Así, pues, si hallándoos en la mesa con vuestra familia, os enterárais que vuestro hermano carece de lo necesario para alimentarse, con su mujer y sus hijos, abandonad vuestro principiado festín, y acudid con la mitad de él en ayuda de vuestro hermano; en seguida, podréis regocijaros con los vuestros y vuestra comida será considerada como un sacrificio eucarístico.

Ya os he dicho, que una mirada inconveniente sobre la mujer de otro constituye un adulterio; ahora os digo, que la mirada de una joven que ha sido comprada a precio de oro, es una prostitución; y, que aquel que casa a una joven contra los impulsos de su corazón hace de ella a la vez una prostituta y una adúltera.

Porque la mujer prostituye su cuerpo cuando se entrega a quien no ama, y, como desea a otro, anida el adulterio en su corazón.

Os he dicho que abandonar a vuestra mujer, es prostituirla.

Y ahora añado, que si prostituís a una mujer, ultrajáis a vuestra madre, y que, si insultáis a una mujer, ultrajáis a la naturaleza!

Yo os he dicho: No hagáis juramentos, vuestra palabra basta; y añado: No os contentéis jamás con palabras cuando os esté dado actuar.

Yo os he dicho que no resistáis personalmente a quienes os injuriaron y os despojan; ya lo hicísteis así y ello no los conmovió en lo absoluto.

Ahora os digo: No os defendáis, pero defended a vuestros hermanos. No entreguéis a vuestras mujeres y vuestras hijas al ultraje de los ricos ni vuestros hijos, a la explotación de los ladrones!

No venguéis las injurias recibidas, salvad a la justicia ultrajada!

Está bien perdonar el mal causado, pero es prudente impedir el mal por hacer.

Yo os he dicho que habéis de amar a vuestros enemigos y rogar por ellos. Pero ahora he de añadir: No basta rezar por los malvados; es preciso liberarlos de sí mismos. Los malvados son enfermos a quienes la fiebre vuelve furiosos. No los abandonéis a su propia insanía; ello constituiría una crueldad.

La plegaria debe siempre preceder a la acción, pero la acción debe seguir a la plegaria.

Habéis invocado a vuestro Padre que está en el cielo, y vuestro Padre os ha escuchado; ahora urge proceder legal y pacíficamente.

Yo os he dicho que buscárais el reino de Dios y su justicia y que el resto os sería dado por añadidura, y no obstante tenéis hambre, tenéis sed, y no estáis vestidos; luego el reino de Dios no os ha sido aún dado.

Pero sabéis ya dónde se encuentra, conocéis su puerta; tan sólo los ricos avaros y los amos sin fe os impiden entrar.

Juntáos estrechamente los unos a los otros bien y avanzad; oponed vuestra acción perseverante a su obstinada inercia; ya se verán precisados a retroceder y a dejaros pasar.

A no ser, que tocados por el arrepentimiento, se den vuelta para entrar con vosotros, en cuyo caso habréis de recibirlos con gran regocijo.

Pues, diréis vosotros; habíamos perdido a nuestros hermanos y los hemos encontrado; los dábamos por muertos, pero están vivos.

Y entonces se regocijará la madre de ver a sus hijos reunidos.

Y entonces la dulce figura de la mujer-guía resplandecerá, casta y pura en su blanca túnica, a la cabeza del progreso humanitario.

Sonriente, llevando en la mano una rama de mirto, guiará su rebaño fiel hacia los pastizales de Dios.

La paloma simbólica la cobijará bajo sus alas, y los corazones todos, unidos en el apacible amor de su armoniosa belleza,

se encontrarán rejuvenecidos y pletóricos de ingenuas esperanzas!

Pues, si bien es cierto que es la madre quien une a la familia, es el padre quien la alimenta.

La mujer es la reina de la armonía y por ello debe situársele a la cabeza del movimiento regenerador del porvenir.

Porque para que viváis como verdaderos hermanos, precisa que la madre os enseñe a amaros los unos a los otros!

XV

LA COMUNION

Padres y madres que ya no tenéis fe en la autoridad de la iglesia, pretendéis sin embargo que vuestros hijos hagan la primera comunión, y creeríais faltar a vuestros deberes naturales si no les impusiérais ese deber religioso.

En eso no estáis ya guiados por una creencia razonada, sino por aquel instinto sagrado que mantiene las religiones vivas en el corazón de las masas.

Sí; hacéis bien en enviar a vuestros hijos al templo y en prepararlos a recibir la primera comunión, vosotras que esperáis aun la segunda.

Pues en ese símbolo está contenida la religión con sus promesas de libertad, de igualdad y de fraternidad.

¿Qué es la primera comunión? Es la admisión al banquete en que los hombres fraternizan entre sí y con el mismo Dios.

En él no hay ricos no pobres; todos tienen parte igual en el reparto del pan que el Cristo ha pagado con su sangre y con su vida, pudiendo así legarlo a las generaciones futuras con estas palabras: ¡Esto es mi carne y mi sangre!

Símbolo que desde hace mil ochocientos años y más, protesta altamente contra la apropiación egoísta y homicida, sin haber, hasta el presente, sido atendida ni comprendida.

Buscad un término que sea el opuesto directo y absoluto de comunión; siento mucho la molestia que, el que voy a emitir, pueda ocasionar a muchos, pero es el único exacto: "Propiedad". Consultad la gramática.

¡Por supuesto, estoy muy lejos de no respetar la propiedad, sordo y ciego Dios de nuestra época desgraciada; pero experimento la necesidad de hacer una seria advertencia a los hombres que se empeñan en propagar su culto y que lo defienden contra todos los ataques, aún del de la razón.

Vosotros sois propietarios y hacéis comulgar a vuestros hijos con los de vuestros obreros y domésticos, ¡Tened cuidado!

Sóis propietarios y admitís el Cristianismo como base de la enseñanza que se otorga al pueblo! Nuevamente os aconsejo prudencia!

"Tener prudencia, y, por qué? Acaso no condena formalmente a los ladrones la moral cristiana?"

Sí, precisamente, ella los condena; y es esto lo que debería hacer temblar a la mayor parte de vosotros.

Os ruego contestar a las preguntas que os voy a hacer.

¿Se presentó Cristo, y ha sido así recibido por los verdaderos cristianos no tan sólo como un doctor, sino también como un modelo? —Sí.

¿Ha poseído o ha tratado de poseer alguna cosa en el mundo? —Nó.

¿Háse pronunciado alguna vez en favor de la propiedad? —Nó.

¿Ha impuesto El el desprendimiento como una condición para la salvación? —Sí.

¿Ha dicho que más fácilmente había de pasar un camello por el ojo de una aguja, que un rico por la puerta del cielo?

¿Ha prohibido a sus apóstoles poseer o apropiarse de cualquiera cosa que fuere?

¿Ha establecido tal grado de solidaridad entre los hombres, que el sufrimiento de uno deba ser el de todos, y que la injusticia o el insulto inferido a uno sólo sean también inferidos al propio Dios?...

¿Ha dicho que el cristiano a quien se pidiere la túnica, debía, además, dar su manto?...

¿Es la comunión, el símbolo de la unidad divina y humana que fué voluntad suya el constituir? —Sí, siempre sí.

¿Habrán comprendido mejor que nosotros las intenciones de Cristo, sus primeros discípulos, hermanos y apóstoles?...

¿Lo tuvieron todo en común?

¿No castigó con la muerte, San Pedro, el jefe de la comunidad cristiana, a Ananías y Sáfira por causa de apropiación furtiva y de sustracción fraudulenta de su propio bien a la comunidad?...

¿Alguno de los Padres y Doctores ha osado alguna vez desaprobar a los apóstoles y censurar las máximas y prácticas de la primitiva Iglesia?...

Decidme ahora, ¿qué es lo que impide a los hombres el pensar en Dios? ¿No es acaso la preocupación de ganar dinero:

¿Cuál es la única fuente de sus divisiones y de sus crímenes? ¿no es acaso la propiedad y su codicia?

¿Cuál es la base del individualismo egoísta? ¿Por qué hánse separado los hombres en castas? ¿De dónde viene la aristocracia? ¿Cuál es el origen de la existencia de los parias? ¿No es acaso originado todo por la propiedad?

Estos son hechos que yo compruebo; si me equivoco, que me lo digan; lo único que pido es que se me conteste sí o nó. Por lo demás, no ataco aquí la propiedad legal y solamente examino la cosa desde el punto de vista religioso y cristiano.

Ahora bien, creo haber establecido bastante clara y sólidamente que el Cristianismo, sintetizado en la comunión, y la civilización moderna, sintetizada en la propiedad, están tan diametralmente opuestas la una a la otra tanto en las expresiones como en las cosas mismas, que la una debe excluir imprescindiblemente a la otra y que si la sociedad conceptúa peligrosas las ideas del comunismo espiritualista, debe quemar el Evangelio, y proscribir el nombre de cristiano, con el fin de no infundir jamás a los hijos del pueblo derechos e ideas extrañas, al hacerlos comulgar en los altares de Dios.

Se me preguntará ¿por qué, yo que hablo así, no me he aproximado jamás en compañía de mi hija a la comunión católica?

Es que no pude ni quise entregar mi dignidad de mujer a las preguntas impuras de un sacerdote.

Es que yo no quise hacer entrega a esos hombres, de la inocencia moral de mi hija.

Pues, en mi concepto, el celibato de los sacerdotes, es cosa impía, y la asiduidad de las mujeres al confesionario, una especie de profanación a los derechos de la naturaleza.

¿Es por ventura para seducir las almas de nuestras hijas por lo que renuncian ellos a tener una mujer por legítima esposa?

El matrimonio espiritual es bello, y lo comprendo bien, yo a quien se ha hecho pasar por una mujer pervertida, porque domino lo bastante mis sentidos para desdeñar la mojigatería!

Pero ese matrimonio no debe ser clandestino; es preciso que sea libre si así lo desea, el amor de los sentidos, con el fin de triunfar sobre ellos voluntariamente.

¡Cómo! Desear constantemente y no atreverse, emitir siempre, y respirar furtivamente un aliento que os produce fiebre, y disimular con canturronerías hipócritas las apasionadas emociones del deseo... ¡Es infame!...

XVI

EL ANTECRISTO

De igual manera que el mundo físico, el mundo moral tiene su movimiento de gravitación, y gira sin cesar al rededor de un eje luminoso que es la verdad eterna.

Como él tiene sus días y sus noches, sus primaveras y sus inviernos.

El género humano busca por medio de oscilaciones continuas, su centro de gravedad, que es lo absoluto.

Así, en toda grande acción intelectual y moral, se encuentra un principio de reacción, y la opinión va y viene como el péndulo de un reloj, porque el movimiento la impulsa hacia los extremos y su centro de gravedad la atrae sin cesar.

En virtud de ese principio, el antiguo mundo, fatigado de su lujo sensual, presintió la reacción cristiana, reacción ensayada por medio del estoicismo y llevada al extremo por los ascetas del desierto.

Pero lo que el Cristianismo tenía de excesivo, fué lo que preparó un nuevo triunfo a la carne, y los videntes de la primitiva iglesia anunciaron el futuro reino del Antecristo.

El Antecristo es el hombre animal que se coloca en el lugar de Dios y que se adora a sí mismo.

¡Es la negación de todo lo que Cristo vino a afirmar, y la afirmación de todo lo que El negó!

El Cristo dijo: amaos los unos a los otros como yo os he amado, es decir, si preciso fuere, hasta la muerte.

El Antecristo opone: Cada uno en lo suyo y para sí mismo.

El Cristo dijo: ¡Bienaventurados los pobres!

El Antecristo contesta: ¡Bienaventurados los ricos!

El Cristo ha dicho: ¡Dad!

El Antecristo replica: ¡Explotad y acumulad!

El Cristo dijo a la pobre mujer pecadora: Todos tus pecados te han sido perdonados porque has amado mucho.

El Antecristo le dice: ¡Estás para siempre deshonrada!

Cristo dijo: Perdonad las injurias.

El Antecristo aconseja: Tragáos las afrentas para alcanzar vuestro objeto, y vengáos más tarde.

Cristo se sacrificó por el pueblo.

El Antecristo sacrifica a la humanidad entera en aras de su egoísmo.

Cristo fué vendido; el Antecristo vende a la religión y a sus sacerdotes.

¿Cómo ha de ser posible desconocer el genio de nuestra desgraciada época ante semejantes caracteres?...

Sí; la gran noche intelectual y moral ha reemplazado a la bella aurora del Cristianismo; pero aún esperamos un alba nueva.

Cuanto más profunda es ahora la noche, más deslumbrador y radiante ha de ser el nuevo día.

Velad, hijos de la luz, y no os dejéis entumecer por el sueño de la muerte que encadena a los hijos de la noche.

¡Estrecháos los unos con los otros y estimuláos mútuamente, pues la hora de vuestra liberación se aproxima!

Protestad contra el Antecristo y contra sus doctrinas impías por medio de vuestra unión, de vuestra abnegación de los unos para con los otros, por un amor inmenso a la justicia!

Distanciados los unos de los otros, sóis débiles; uníos y seréis fuertes.

No protestéis contra las violencias por medio de otras violencias, sino que uníos todos para reclamar justicia, y la obtendréis.

Aspirad con toda vuestra alma a leyes más perfectas, pero someteos en primer término, vosotros mismos a las que rigen a la sociedad, con el fin de ser protegidos por ellas.

Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá.

No os desalentéis jamás en vuestras protestas, que ellas condensan todas las voces, que adopta todas las formas, con excepción de la revuelta y del desorden; estad siempre juntos y prestos a responder los unos por los otros, y ya veréis como seréis fuertes!

Poco a poco, y bajo la propia tutela de las leyes, organizáos en asociación unitaria, como la primitiva Iglesia, sin agrupaciones tumultuosas y sin turbar el orden; tened en todas las provincias vuestros padres y vuestros vigilantes, y realizad colectas para aquéllos que estén necesitados.

Reconstruíd, en una palabra, la asociación cristiana sobre un plano más razonable y más amplio; no os será dado llevar a cabo cosa alguna, en tanto que no estéis unidos.

Esto es lo que os dice una mujer que se enorgullece del nombre de paria, y que, siguiendo el ejemplo de Cristo, anhela dar su vida por vosotros.

Y algún día os referiréis a ella diciendo: "¿No era aquélla, la mujer que predicaba al pueblo que se asociara pacíficamente, y que quería con los centavos de los pobres, dotar a los veteranos del trabajo con un retiro más que regio?" (1)

Recordad la parábola evangélica en que está dicho que, con cinco panes de cebada y algunos pececillos, alimentó Cristo a todo un pueblo.

Es que la asociación verdaderamente fraternal multiplica los menores recursos de una milagrosa manera.

Preciso es practicar de inmediato la comunidad, para tener el derecho de llamarse Cristianos.

Ahora bien, pensadlo mucho, la comunidad debe ser voluntaria; la desapropiación forzada, en el sentido absoluto, es inicua.

Estando, como está, reconocido por todos, el derecho de

---

(1)— Flora Tristán preveía en ese momento su fin próximo.

propiedad, no puede transformarse por entero más que por el consentimiento de todos.

Así pues, para establecer el reino de Dios y la riqueza de todos, es necesario no quitar nada a nadie, pero cada uno puede dar lo que tiene.

La comunidad se establecería en toda la tierra, y un solo rico se excomulgaría a sí mismo porque querría conservar sus bienes; estaría en su derecho, y todos estarían obligados a respetar lo que tuviese! Pero solamente que se le miraría cual a un mal hermano, y se le invitaría a volver sobre sí mismo. Se le haría todo el bien posible para darle un saludable ejemplo y sin duda alguna al fin se conmovería.

De todas maneras, no perdamos la energía de nuestras almas en tales sueños, y no edifiquemos nuestra comunidad en el país de las quimeras.

Es posible transformar la propiedad, pero no es factible abolir la posesión. Pero la posesión debe ser reglamentada por leyes "comunionistas", si se me permite esta palabra, única que traduce fielmente mi pensamiento.

La ley deberá regular el uso de la posesión y proscribir su abuso. Todos se deberán a todos, la sociedad supervigilará esta necesidad con la misma dedicación con que hoy cautela los complots y los crímenes con el fin de hacerlos fracasar o castigarlos.

Todo pertenece a Dios, y los hombres no son más que asentistas de la tierra.

Unos son fuertes y sagaces, otros débiles e inexperimentados; luego, la cosecha de unos ha de ser siempre más abundante que la de los otros.

Pero, es la voluntad de Dios que el fuerte se constituya en tutor del débil y que, en lugar de explotarlo y de esclavizarlo para enriquecerse más, él mismo lo ayude a trabajar y le haga dádiva de lo que le es superfluo.

Es, pues, la caridad lo que queremos establecer como base de un derecho social, para que de ese modo no sea ya tan sólo una virtud religiosa, sino también un deber político.

Es al reino de Cristo lo que invocamos con toda la fuerza de nuestros votos; y nos asiste la firme convicción de que no puede dejar de llegar.

Pero, para que llegue cuanto antes, llevemos a cabo, primero, entre nosotros, la asociación humanitaria.

Organicemos un servicio de asistencia mutua entre los pobres y entre los institutos del Estado; pidamos con perseverancia el derecho al trabajo y protestemos por todos los medios legales contra la explotación injusta.

La fuerza inteligente es infinitamente más poderosa que la fuerza bruta; oponed, pues, la resistencia moral a la opresión material, proceded unidos y triunfaréis.

XVII

EL CATOLICISMO O LA ASOCIACION UNIVERSAL

Si protesto en nombre de los parias contra la sociedad, madrastra que los repudia, no es para dividir sino para unir!

Al pedir para el porvenir leyes mejores, me someto a las leyes presentes.

Lutero, ese gran iniciador de la libertad de conciencia, fué ciego instrumento de la Providencia para promover un gran movimiento en el mundo; pero no fundó nada e hirió de muerte a su reforma al separarla de la Iglesia Universal!

Para realizar una obra duradera, era preciso atacar los abusos y respetar el dogma; era necesario permanecer católico a pesar del Papa y no protestar más que contra la excomunión!

El Catolicismo, en cuanto dogma, es la síntesis religiosa más avanzada, es una conquista del espíritu humano contra el cual nadie debe atentar. Es un simbolismo que se puede, y se debe explicar, pero al que no está permitido a nadie cambiar nada.

La Iglesia ha sido infalible en la construcción de ese gran monumento jeroglífico; ella ha determinado todos los signos del asentimiento de la sociedad cuya madre era; ahora que el edificio del dogma está concluído, y que la Iglesia no tiene nada que decidir, ¿por qué preguntáis si sigue siendo infalible?...

Durante un tiempo los pontífices de Roma, fueron protestantes sublimes que luchaban por los pueblos contra los reyes, y opusieron solos un dique a las desenfrenadas usurpaciones de los despóticos emperadores.

Si ahora el Papa abandona la causa popular, es sin duda por-

que el pueblo, poseedor de nuevas luces sobre sus derechos, no precisa ya de él para defenderse.

El Pontífice de Roma no es ya más que una gran sombra del pasado y un recuerdo venerable; es el viejo arquitecto del templo que ya no tiene que hacer, pues el templo está edificado.

En el presente es inútil querer materializar el culto e inmovilizar los símbolos; el germen de la vida les infunde espíritu, y en tanto que los sacerdotes montan guardia a un sepulcro vacío, el Cristo resucitado se lanza a la reconquista del mundo con la cooperación de su madre.

Pues, si los fariseos se han apoderado del templo, no les ha sido posible apoderarse de Dios.

Pueblo; si anheláis ser salvado, sé sinceramente cristiano, y fundamenta tu instrucción religiosa en las instituciones de la Iglesia Universal.

Pobres parias a quienes se pretende excomulgar, sabed que sóis la familia de Cristo, y esperad pacientemente el retorno del padre de la familia, es decir, la reacción cristiana y filosófica contra el nuevo fariseismo de los judíos modernos que os cierran la Iglesia de Dios.

El catolicismo no puede cesar de ser universal, y aquéllos que quieren hacer de él una secta, se excomulgan a sí mismos de la sociedad de los hijos de Dios, y usurpan un nombre que ya no les corresponde.

No permitamos que nos arrebaten la herencia sagrada de nuestros padres.

Defendamos nuestra religión de aquéllos que intentan hacerla mentirse a sí misma.

Seamos libres, pero amemos a Dios, y así no practicaremos jamás el mal.

Sepamos que la gran comunión católica no reside en los signos exteriores del culto, sino en una verdadera caridad que se manifiesta en obras.

Practiquemos el bien; éste constituye la mejor plegaria; dediquémonos a labrar el bien de los demás, en ello reside el culto más puro.

XVIII

LOS PROFETAS

Los tiranos de Judas decían a Jeremías: "Cállate; tú provocas incendio y la muerte para tu patria! Y el pueblo amotinado gritaba: Está blasfemando contra el templo; que calle o que perezca!...

Y el Profeta respondía: "Reyes de Judá y tú, pueblo de Israel: yo preveo las desgracias de mi patria, mas, sóis vosotros quienes las provocáis!

Vosotros dormís al borde del precipicio; yo velo y lloro, yo os invoco y clamo: ¿acaso para perderos o para salvaros?...

¡Oh ciega sociedad! destrozada barca a la que todas las corrientes del mar empujan al azar, en medio de los arrecifes en tanto que su tripulación se embriaga...

¿Es por ventura al pobre pasajero que te ve zozobrar poco a poco y que anuncia, clama a tus pilotos que despierten, a quien hay que responsabilizar de tu pérdida?...

¡Cómo! ¿No te bastan las lecciones del pasado, y todavía te preparas para un porvenir de remordimientos y de espanto?...

Recuerda lo que aconteció a los Hebreos; en vez de escuchar a sus profetas y de reformarse, dieron muerte a los enviados de Dios, oponiendo a la fuerza de la inteligencia y del amor, las de la violencia y la tiranía.

Pues bien, la violencia los venció y la tiranía los destrozó. Nabucodonosor, vengó la muerte de Jeremías. Tito vengó la muerte de Cristo, y ni el pueblo ni el templo han podido rehacerse de este último golpe.

Recuerda lo que aconteció a la Iglesia Católica. Sus pontífices en vez de escuchar a los santos que predicaban la reforma, los proscribieron, o los condenaron a muerte.

Alejandro VI, el incestuoso envenenador, entregó a Savonarola a la tortura y a la hoguera. El Concilio de Constancio, apostatando de la fe jurada, condenó a Juan Huss sin oírlo; y Jerónimo de Praga, que había retornado a la unidad católica, fué lanzado con indignos tratamientos a la herejía y a la hoguera!

Pero, sabedlo bien, esos asesinatos no fueron estériles. Habíase ahogado a los reformadores; pero bien pronto surgieron los demoledores y los incendiarios; Juan Zisea reemplazó a Savonarola y Roma misma fué entregada a represalias horribles.

¡Ten presente los votos tan puros y heroicos de la Francia del 89; y recuerda igualmente como la testarudez de los conservadores de esos tiempos, trajo las sangrientas orgías del 93!

Ahora, en nombre del pueblo que sufre, venimos a deciros: Ricos: los pobres son vuestros hermanos, y debéis cuenta a Dios y a la sociedad de vuestras riquezas. No atentamos contra vuestros derechos; no pretendemos tal cosa. Simplemente queremos que nos reconozcáis los nuestros. Queremos arribar a la posesión legítima por medio del trabajo; y ello tan sólo cuando poseamos algo y organicemos la comunidad cristiana. Necesitáis de nosotros y no podemos prescindir de vosotros. Sólo pedimos que el pacto social entre ambos sea justo. Puesto que respetamos lo que os pertenece, respetad lo que es nuestro, y no devoréis el fruto de nuestro trabajo; retribuíd legítimamente las fatigas del trabajador, y no rebajéis el precio de sus sudores por medio de injustos monopolios y de competencias ilegítimas; sed para nosotros hermanos, y nos sentiremos felices de no ser enemigos vuestros!

Ricos: si prestáis oídos al pueblo y acudís en su ayuda, la miseria se suavizará gradualmente, el bienestar físico predispondrá al trabajador a la instrucción moral; se tornará religioso y cuerdo, y la sociedad estará salvada.

Si, por el contrario, os obstináis en rechazar toda propuesta de mejoramiento y todo progreso; si acogéis con persecuciones y violencias los esfuerzos pacíficos que realiza un pueblo para sal-

varse por sí mismo, excitaréis en las masas las malas pasiones, apagaréis toda fe en sus corazones. Se callarán; pero el odio fermentará su silencio. A vuestras negativas brutales de los derechos del pueblo, el comunismo materialista opondrá una negación aún más brutal de vuestros derechos; y vuestra piedad adquirirá el carácter de una detentación a mano armada. El bandidaje le responderá; el crimen romperá las vallas de la justicia; la guerra lo invadirá todo y no será posible hallar seguridad en parte alguna; los parias desquiciarán las bases del edificio social como las olas roen las rocas, y por último, llegará un día en que todo se desplomará con espantoso estruendo!...

XIX

LA LEGITIMA PROTESTA

No se remedian los males causados por el orgullo, oponiéndoles el orgullo; la cólera no cura a la cólera, la violencia no desarma a la violencia y la usurpación no restablecerá jamás el equilibrio de la propiedad.

¿Queréis protestar contra los verdugos?... No os vonvirtáis en asesinos.

¿Queréis protestar contra la propiedad egoísta?... No seáis egoístas ni ladrones!

Pobres: si queréis que vuestra protesta sea legítima, empezad por trabajar.

No seáis ni perezosos, ni borrachos, ni cobardes aduladores, ni tiranos dentro de vuestra familia.

Compartid vuestro haber con aquéllos que son más pobres que vosotros; ennoblecéos por las virtudes domésticas.

Sabed que sólo el hombre tiene derecho a la fraternidad humana; no os asimiléis a los animales irracionales.

XX

LOS PARIAS

Sociedad moderna, madre sin entrañas, sabe que los hijos desesperados, que rechazas para siempre de tu seno son de hecho y de derecho, tus mortales enemigos.

¿Qué pretendes que se les diga para calmarlos? ¿Qué puede prometérseles y qué moralidad quieres que se les dé?...

¿Cómo podrían volverse honrados si están deshechos?...

¿Cómo podría el ex-presidiario, por ejemplo, ganarse legítimamente la vida, y quién querría darle trabajo?

¿Dónde podría una pobre prostituta reintegrarse a la familia?

¿Por qué no das la muerte a los niños que no quieres alimentar?

Hélos aquí trocados en enemigos tuyos, y tú los pisoteas; mas, como la serpiente de la leyenda, ellos se repliegan para morderte los talones.

Y sería, no obstante, tiempo ya de tomar una determinación y darles un lugar, en alguna parte, aún cuando sea en la tumba!

Yo no ignoro que tienes a tu disposición cárceles y cadalsos; pero precisa pasar por el robo y por el asesinato para llegar allí; y esa manera de ganar a sus inválidos es un poco dura.

Sociedad sin entrañas, cuyo corazón no se estremece más que bajo la punta del puñal ¿hasta cuándo seguirás devorando a tus hijos al igual que el espantoso Moloch?

Sociedad asesina, que aún no has abolido la pena de muerte y que no tiemblas por tí misma.

¿Qué responderás a Cristo, cuando un día tus parias, con sus

cabezas ensangrentadas en las manos, te acusen ante su trono?

Nada has hecho por ellos, y en cambio les has quitado su libertad y su vida.

Tú los has desheredado y luego los has abatido! ¡Maldita seas! pues todos sus crímenes caerán sobre tu cabeza.

Y aún les deberás la vuelta ante la justicia eterna, pues jamás les será posible retornarte todo el mal que les has inferido.

XXI

ESPANTOSAS REALIDADES

Es horrible confesarlo, pero, en nuestra sociedad a menudo lo que se llama virtud conduce directamente al crimen y lo que lleva por nombre crimen, a posiciones honorables.

Mirad a las prostitutas de las calles, mirad a ese lamentable rebaño marcado por la ignominia; si hubiesen acertado en venderse en momento oportuno, no habrían llegado a tan bajo nivel ni a tan ínfimo precio, y serían tan consideradas mujeres honorables.

La mayor parte de ellas amó y se dejó seducir; no tuvieron valor de ser hipócritas porque tenían corazón.

Y he ahí lo que el mundo ha hecho de ellas.

¡Ved a ese sacerdote apóstata que se muere de miseria; si hubiese sabido mentir como los otros, y ocultar sus vicios bajo una odiosa austeridad, es muy posible que fuera obispo en este momento!

Ved a los forzados que parten para Brest o para Tolón, encadenados de dos en dos; robaron con demasiada franqueza; ¡Oh si lo hubiesen sabido hacer!...

Ved a esa pobre mujer del pueblo a quien acaban de detener por haber robado un pan, un día fué joven, bella, pero ha querido permanecer honrada. Se casó con un obrero ocioso y brutal que la hizo madre, dejándola después abandonada con sus hijos!...

¡Oh moralistas, cuán bellos sóis en vuestras teorías y poderosos en vuestros argumentos!

Os imponéis mucho trabajo para formar gentes virtuosas, y he aquí que la sociedad las coge burlonamente y las arroja al depósito de mendicantes o a la carreta del verdugo!

XXII

LOS HIPOCRITAS

Hombres de una severa probidad me han dicho: "No tenéis el derecho, Señora, de reclamar la emancipación de la mujer".

¿Y por qué?

Porque habéis prescindido de todas las leyes de la sociedad!

¡Hipócritas!

¡Cómo! porque he escapado como por milagro a la bala del asesino, no debo protestar contra el asesinato (1).

¡Y qué ¿por qué no tengo estado social ni consideración entre las gentes de vuestra condición; porque soy vejada, destrozada a cada paso; porque grito sin lograr que nadie se digne oírme; porque devoro mis lágrimas; porque me armo de toda la energía de un legítimo orgullo contra los cobardes que me quieren aplastar? ¿Sería yo la única sin derecho a quejarme?

¡Cómo! ¿Son acaso, precisamente las víctimas, las más obligadas a callar? ¿Y deberán ser los verdugos los que reclamen en favor de aquéllos a quienes torturan?

¡Lastimosa irrisión!

¡Ah! ¡me ofendéis porque protesto! ¡Queréis sofocar mi voz!

Pues bien, guardaré silencio en lo que respecta a mis propios dolores, y sobre los de las mujeres hermanas mías en esclavitud, pero trabajaré por la emancipación de los hombres!

Habéis querido volverme infame, mas yo os digo que, a fuerza de abnegación santificaré mi vida y haré mi muerte gloriosa!

(1)— Chagal, esposo de la autora, disparó sobre ella queriéndola matar. (Nota del E.)

Y ya veréis después si la emancipación de la mujer es un azote, y si yo era digna de vivir más honrada y más dichosa!

He escrito el libro de la UNION OBRERA y me lo llevo conmigo; pero he dictado éste a un hermano y él lo publicará si muero.

Parto como otrora partieron los apóstoles de Cristo; protestaré de estruendosa manera contra el estrecho positivismo de aquéllos que pretenden encadenar la abnegación.

¡Seré loca, si es necesario que lo sea: los locos son los que salvaron al mundo!...

XXIII

EL PROGRESO RELIGIOSO

Todavía existen gentes que son católicas a la manera de los viejos inquisidores que condenaron al Galileo.

Existen sacerdotes que no desautorizan ni los autos de fe ni la San Bartolomé, y que quieren hacer de la religión única responsable de sus horrendas calamidades políticas.

Existen hombres a quienes el solo nombre de libertad, hace palidecer, y que sonríen desdeñosamente al oír la palabra "progreso"; hombres a quienes dos revoluciones (1) no han podido enseñar nada ni hacer olvidar nada, y que protestan con toda su débil fuerza contra la emancipación del pensamiento humano.

Rebaño impotente y enfermo, peligroso tan sólo por las pútridas miasmas que exhalan y que nuestros hijos respiran, pues son los que componen aquel rebaño quienes educan a la juventud.

Conspiradores miedosos e hipócritas que paralizan todo por su conglomerado de inercia, y que trepan bajo los chorros del presupuesto de un gobierno del cual son eternos enemigos.

Servilismo de espíritu, pequeñez y dureza de corazón, escrúpulo judaico en multiplicidad de vanas observancias, desmesurada estima de sí mismo y de la pandilla de la que forman parte, desprecio profundo por todo el resto, y sobre todo el amor a la humanidad. He ahí las características de esos hombres y de sus adeptos.

A la sombra de ese fariseismo pueden ocultarse y crecer los

---

(1)— Se refiere a las de 1789 y 1830. (N. T.)

más vergonzosos desórdenes; los componentes de tal cofradía están seguros del secreto, y disponen según su agrado del tesoro de las indulgencias plenarias.

Ellos ignoran lo que es un proceder honrado. Y por lo mismo se encuentran muy extrañados de que les reprochen los medios que emplean para arribar a sus fines tan piadosos y meritorios.

Estos son los hombres que pierden al catolicismo y fomentan aún en la época presente, guerras de religión.

Ellos son, ellos, los que creen tener cautiva a la verdad, y piensan haber eternizado la duración de su dogma por que lo han descarnado como un esqueleto y endurecido como un fósil.

¡No saben esos conservadores de momias que, para ser inmortal, una religión debe ser ante todo viviente!

Así háse retirado el Verbo de Dios de esos hombres tal como la palabra expira en los labios de los moribundos. Ellos disponen de todos los recursos, de todas las tribunas, de todos los medios de publicidad; y, ¿qué es lo que dicen?...

No se atreven a emplear sino sordas insinuaciones, las persecuciones embozadas, los secretos murmullos de confesionarios, y las solicitaciones femeninas en los misterios de la alcoba.

Son ellos quienes desgarraron el corazón del noble Lamennais, el sacerdote que fué en un momento dado, el piloto de la barca de Pedro y que pereció entre las olas como Palinure, con el timón destrozado.

Son ellos quienes todavía envuelven en una misma celosa reprobación, a aquellos dos grandes regeneradores de la iglesia católica en Francia: Napoleón y Chateaubriand!

¡Por que sienten que la religión se les escapa; y con gritos de espanto aférranse a ella para que los remolque, sintiendo que la marcha trata de mover sus brazos tullidos y arrastra sus pies gotosos!

Hermanas y hermanos, en tanto que el Clero mantenga doctrinas ocultas, en tanto que su moral no sea pública y universal, en tanto que sea enemigo del progreso y de la sana filosofía, en tanto que ponga el espíritu de casta en el puesto que corresponde al espíritu evangélico, ¡no comulguéis con él!

Protestad en unión de la verdadera Iglesia universal contra esos falsos pastores; no entreguéis vuestros hijos a su educación.

Cuando hayamos llegado ya todos a esa edad de virilidad de la que habla San Pablo, a la época de la plenitud de Cristo, no precisaremos ya de los sacerdotes pues todos los cristianos serán sacerdotes o reyes, según la promesa de las Escrituras.

Y esa frase del gran apóstol, debería ser tomada en consideración por quienes se niegan a creer en el progreso.

Sin embargo en espera de esa gloriosa época, consideramos a la Iglesia enseñándote como una escuela, y antes de confiarle a nuestros hijos, pidámosle cuentas acerca de sus doctrinas morales y políticas.

Aquí no me dirijo a los parias; yo muy bien sé que los hijos de los parias no tienen más preceptores que la miseria ni otra escuela que la desgracia. Para esos, no hay Iglesia, como no hay tampoco sociedad ni porvenir.

Y ahora yo, la paria, me atrevo a añadir que una Iglesia cuya puerta se cierra a aquel que sufre, es un templo del infierno.

Yo digo que el Cristo, paria como yo, si volviera sobre la tierra, no encontraría acaso un sacerdote que lo absolviera de su pobreza y de su virtud!

Busquemos pues, símbolos promisores en la enseñanza católica, pero huyamos de los falsos pastores como se huye de los apestados.

Pues son ellos los hijos de quienes han crucificado a Jesús y son aún más ininteligentes, más despiadados y más avaros que sus padres.

XXIV

LA EMANCIPACION

Para emancipar a los siervos, es preciso instruírlos; para eso escribo este libro que constituirá mi testamento.

Lo dirijo en especial a las mujeres con el fin de liberarlas de la superstición que embrutece su alma y estrecha su corazón; y con el objeto de independizarlas de los sacerdotes, dándoles, no obstante, una viva fe y una caridad ardiente que las sostendrá en la lucha!

La falsa devoción es lo que mantienen los nobles corazones de las mujeres en una perezosa e impía resignación.

Sus derechos son los mismos que los de los hombres! Ellas poseen además la divina prerrogativa de la maternidad! Que sean madres, ya que los hombres son niños!

Bastante han triunfado ellas por la astucia; bastante han triunfado por la corrupción; 'ha llegado la hora de la castidad y la justicia!

¡Sí, castidad! pues vuestros matrimonios sin amor, estipulados, a precio en metálico, constituye infame prostitución!

¡Si castidad, pues ella es gloria de la mujer, su menester, su naturaleza, y como prueba de ello me basta sólo ese instinto sagrado que jamás perece totalmente en ella; el pudor!

Si, la hora de la justicia ha sonado, pues la mujer no ha nacido para la hipocrecía, y, cuando Dios dispone de su corazón, no le es posible mentir a Dios y a su corazón sin sentir vergüenza.

La mujer no constituye una propiedad, y el infame derecho de propiedad sobre los seres libres, tiene por nombre esclavitud.

La mujer no ha nacido para ser esclava.

Mujeres, hermanas mías, muchas veces habéis rechazado mis palabras porque os decían que yo quería perderos.

Y os digo que no hay tal; lo que pretendo es salvaros, pero tenéis que introduciros; tenéis que desprenderos de los escrúpulos de una falsa religión, debéis armaros de valor.

Cuando sepáis tener voluntad, querer, todo estará hecho, pues los hombres os necesitan, como el niño necesita a su madre.

XXV

LOS UTOPISTAS MODERNOS

¡Honor a los hombres abnegados y de convicción que avanzan alumbrando como antorchas a la cabeza de la caravana humanitaria!

Gloria a esos locos sublimes a quienes otrora se daba muerte y a los que hoy ya sólo se hace objeto de divertidas befas en tanto que expiran de miseria!

Nunca han faltado a la humanidad Profetas; el porvenir que se abre ante vosotros ha tenido también sus reveladores.

Swedenborg por la revelación de la correspondencia, anunció la unidad y la universalidad de la ciencia y también indicó a Fourier su bello sistema de las analogías.

El señaló las sociedades celestes agrupadas por series armoniosas según los grados de inteligencia y de amor.

El marcó en el cielo y en el infierno las atracciones como móviles y sobre ese antagonismo estableció el equilibrio.

Fourier quiso realizar sobre la tierra el celestial sueño de Swedenborg y transifigura en falansterio el convento de la Edad Media.

Saint Simon fué el de la iniciativa de las transfiguraciones del dogma y anunció el final de la viudez cristiana y el gran enlace humanitario por la emancipación moral de la mujer.

Un hombre cuyo nombre provoca risa sirve de costeo a los pretendidos sabios porque aún está vivo Ganneau extracta esos diversos sistemas en una magnífica ortodoxia; justifica la emancipación de la mujer por el culto del amor y del ho-

nor que confiere el título de madre. Para él, el emperador Napoleón es un tipo mesiánico que representa al gran Caín o al usurpador, pero lo reconcilia con el Cristo que es el gran Abel; de esta unión de la obediencia y la fuerza según él nace el equilibrio perfecto de los derechos y de los deberes.

Después de las grandes figuras de profetas, que representan ideas de conjunto, vienen los arquitectos que proporcionan los planos para los diversos compartimentos del edificio social.

Cabet, hombre de convicciones y de perseverancia, en el cual hasta cierto punto la probidad reemplaza a las ideas y el talento presenta en su "Icaria" el plan de una gran manufactura común y algunos reglamentos de talleres que pueden tener un aspecto razonable y útil. Proud'hon, razonador dueño de una lógica pesada pera aplastante, toma la propiedad, tal como hoy se la eneiende entre sus tenazas entre las cuales la tritura. Su libro no ha sido perseguido por los Tribunales. (1)

El regenerador de "Escuela societaria" y continuador de la obra de Fourier, Víctor Considerant, (2) hombre de ciencia y de talento, quien muy pronto será llamado tal vez a expresar en la tribuna, las ideas de emancipación pacífica y de organización social.

He aquí más o menos a todos los hombres de nuestra época que se han ocupado seriamente del porvenir. Pero ninguno de ellos ha puesto activamente mano a la obra, sea porque los medios de ejecución han faltado o porque sus planes no están todavía bien maduros o porque su fe no es bastante viva.

Se cuenta que un arquitecto de la antigüedad, después de haber estado escuchando en silencio los detalles de los planos gigantescos de otro arquitecto, lo sobrepujó con una sola frase, al exclamar: "Lo que él ha dicho, yo lo realizaré!"... (3).

---

(1)— Se refiere a "La propiedad es un robo" de Proud'hon, autor también de "Filosofía de la Miseria", libro al cual contestó Marx con su "Miseria de la Filosofía".— N. del T.

(2)— Considerant fué último amigo de Flora Tristán, y su maestro. Fourier tambien la alentó en su obra social.— N. E.

(3)— Aquí se interrumpe el manuscrito dictado por Mme. Flora Tristán.

XXVI

NOTA FINAL

Terminemos ahora con algunas palabras sobre esta extraordinaria mujer.

Hay existencias cuya historia pertenece a los anales de la humanidad, y yo creo que esta es una de ellas. La personalidad de Flora se había exaltado de tal manera en la lucha, que a sus propios ojos, ella había pasado al estado de mito; creíase a sí misma la Mujer-Mesías; después de haber luchado como un demonio, soñaba en la transfiguración del martirio para elevarse al cielo sobre las alas de un ángel; era la antigua Medea, celosa de nuestra moderna Mme. Guyon y segura de sobrepasarla.

He aquí lo que ella escribía, un año antes de su muerte, a aquel de sus amigos a quien encargó después, escribir su testamento religioso y literario.

El artículo se publicó en una recopilación inconclusa que debía llevar por título: "Los Mesías Contemporáneos".

"Se trata de una mujer de la cual no se debe hablar, pero a "quien se precisa conocer si se la quiere admirar y estremecerse. "Id a verla; os obligará a ser su enemigo mortal o su aliada; muy "por encima de lo malo o bueno que podáis pensar de ella, con-"fundirá todas vuestras ideas, y cuando créais cogerla en el fla-"grante delito de las vagas oscuridades de que se le acusa, se os "escapará surgiendo grandiosa, sublime y sonriente de piedad. "Entonces vuelto a vuestro entusiasmo, os lanzaréis jadeante tra-"tando de alcanzarla. Entonces se volverá desdeñosamente y os "estrujará el corazón con una mano helada y terrible y luego lo

"arrojará destrozado. Tomadla como un diablo, ella desplegará "dos magníficas alas de azul y una cabellera estrellada; rogadla "como un ángel, y os mostrará los cuernos.

"Es que Flora Tristán es la soberbia personificada del más "completo e implacable orgullo. El Satanás de Milton debe sentir- "se muerto de despecho desde que ella vino al mundo. Si no e- "lla es el mismo Satanás en progreso, ha llegado a fuerza de "crecer en la rebelión, a la quietud, y a una apariencia de "serenidad sobre la frente que la hace verdaderamente peligro- "sa a las alas, pues las obliga a odiarla o a adorarla.

"Demasiado soberbia para ser vana. Mme. Tristán se impone "ella misma al abjurar de su personalidad. Todo le pertenece; "vuestras ideas, vuestros trabajos, vuestra persona, y ni siquiera "tiene en cuenta la misma propiedad. No soy nada, ella tampoco. "Dios lo es todo, pero ella está toda en Dios y Dios todo en ella. "Por favor no vayáis a oponerle resistencia en nada, bajad la ca- "beza ante el halo de mujer que la circunda; no le pidáis el por- "qué de nada; amadla con la grande y única condición de que "ella no os amará. Singular condición diréis, y, ¿quién había de "imponérselo? ¡ella! No; vos mismo si sois sensato, pues aquellos "a quienes Mme. Tristán ama, ella los mata (en lo moral por su- "puesto). Es la antigua Circe, sin la varita; es una sirena que no "canta, pero que devora; es una adorable vampiresa que os mata "el alma dejándoos vuestra sangre, con el fin de que ella os aho- "gue cuando os apartéis de su persona, furioso sin haber logra- "do, para consolarla, siquiera montar en cólera; pues es cruel, "con bondad, os tortura con la sonrisa en los labios; en sus ho- "micidios morales se aunan una ingenuidad de niña y una con- "ciencia de santa; es lo bastante sencilla y dulce como para a- "rojarse en accesos de hidrofobia, y os alejáis de sus acariciado- "ras amistades con no sé qué deseo de morder a alguien... o "alguna cosa, sobre todo si os encontráis en ayunas. "Angel o "Demonio, Dios o Diablo, como tal, aparece la mujer a aque- "llos que tienen la dicha o la desgracia de conocerla.

"Pasemos ahora a sus ideas.

"Flora Tristán cree en "Dios" (de la X) (1) Dioses, según ella "(Dios), significa padre, madre y embrión, es decir, que, en "el primer principio, ella reconoce la generación activa, la ge-"neración pasiva y el germen en progreso indefinido. La inteli-"gencia y el amor que no son más que uno constituyen el prin-"cipio activo el cual anima la fuerza; y la fuerza, tornándose de "pasiva en activa, fecunda la inteligencia y al amor; entonces, la "inteligencia amante, se vuelve madre de un fruto que se acrecen-"ta constantemente sin abandonar jamás el vientre en cuyos lími-"tes permanece encerrado, y ese fruto que es el universo recibe "por eso el nombre de embrión divino.

"El principio se reproduce en sus efectos, y Dios se manifiesta "en la humanidad, el principio creador, el amor inteligente, se "convierte en la mujer; la fuerza está representada por el hombre; "el hombre, no es, pues, más que la arcilla de Prometeo, y es la "mujer la que ha recibido el fuego sagrado del cielo para darle "vida.

"Por ello Flora, no concede al hombre el título de padre. Se-"gún ella, la humanidad figurada por el Cristo no tiene sino u-"na madre en la tierra y un padre en el cielo, La mujer, dueña de "sus favores, anima a quien le place con el fuego sagrado del "amor, y hace partícipe por un instante de su privilegio de madre, "a aquel a quien ha elegido. Ella no se entrega nunca a un hom-"bre, pero honra al hombre con su elección, lo eleva hasta su so-"beranía, y lo despide imponiéndole silencio. Así pues, Flora no "reclama la emancipación, sino más bien la soberanía y la auto-"cracia de la mujer; su utopía es la república de las abejas, y "lo que aparentemente trata ella de conquistar, no es la igualdad "y la justicia, sino la reacción y la venganza. Flora Tristán ha su-"frido mucho.

"Luego para responder a los comunistas que preconizan la "comunidad de las mujeres, Flora, comunista también a su mane-"ra, pide la comunidad de los hombres; si ello fuera una ironía,

(1)— Flora escribe Dieu (Dios) con X (Dieux) como en plural.— N. E.

"lo sería amarga, pero concluyente. Por lo demás la señora Tris-"tán tiene horror a la propiedad hasta en el nombre y no cree "en el libre albedrío. Opone al mal el progreso, y a los erro-"res del hombre, la inspiración de la mujer. Ella emite hasta cier-"to punto, en la organización social por venir, las ideas falanste-"rianas; pero el Cristo, pero Fourier, pero Saint-Simon, no han a-"portado más que briznas de paja con las cuales tan sólo ella, go-"londrina inspirada de la primavera por venir fabrica un nido "donde se propone incubar un mundo nuevo bajo sus alas de ma-"dre.

"Así loca, a fuerza de ser sublime, ama a la humanidad has-"ta el punto de sentir celos de Dios mismo. No busquéis en ella "nada pequeño y no temáis que flaquee; Robespiere decía: "Que "perezcan las Colonias antes que un principio! Flora diría de bue-"na gana: "Antes que cualquiera de mis sueños, perezca el mun-"do"! Y así los sueños de Flora pudieran materializarse, bajo la "forma de un triángulo de hierro, yo temería mucho a fe mía u-"na terrible realización del anhelo de Calígula en la necia espe-"cie humana.

"Váis a exclamar ¡terrible mujer!; ¡esperad! ¿Habéis visto "la equívoca dulzura de sus magníficos ojos negros? ¿su mano de "marfil antiguo hecha para desesperar al cincel de Fidias? su "copiosa y lujuriosa cabellera, que el tiempo celoso, semejante a "una paciente araña, quisiera alcanzar en una red de plata? ¿su "parte de reina? Su palabra infalible pero complaciente y fácil "brotar de sus labios tan bermejos y puros? ¿Habéis visto a Flo-"ra en la coquetería de su desdeñoso "neglige"? Sí, ¿no es cier-"to? Pues bien, entonces concibo que la detestéis con todo vues-"tro corazón, pero no me habléis mal de ella; sóis parte interesa-"da. Si no la habéis visto, ¡válgame Dios! (hablemos sin ambages) "os compadezco.

"Hay madera en esa mujer; es una grande y magnífica natu-"raleza que la opinión debería dirigir y no difamar. Pero, nos-"otros, raza desflecada como somos, experimentamos temor ante "las naturalezas fuertes como temen los escolares perezosos a su

maestro; nos apresuramos a agarrapatear furtivamente su caricatura detrás de una puerta que aprovechar sus enseñanzas.

Las obras de Mme. Tristán son: 1º LAS PEREGRINACIONES DE UNA PARIA, historia de los viajes de la autora al Perú al cual se reconoce bastante en su obra para que se tenga el derecho de decir: "no es él". El carácter de esa mujer excéntrica comienza a dibujarse audazmente en esa obra que fué quemada públicamente en Arequipa, y por cuya causa fué suprimida a Flora la pensión que le había asignado su familia del Perú.

2º "MEPHIS" novela social, sólo bocetada, según lo declara la autora misma en una carta particular. Se encuentra en ella una sorprendente teoría del amor acompañada de las ideas revolucionarios más avanzadas.

3º En fin "LA UNION OBRERA", pequeño libro denso de ideas que por sí solo podría absolver a Mme. Tristán de los pequeños defectos de su genio incomprendido, y la sitúa definitivamente a la cabeza de los hombres de acción de nuestra época.

La vida de esta mujer se desarrolló llena de dolorosos misterios. Víctima tantas veces de una sociedad a la cual con fuerzas para triturar a su vez bajo sus pies, no se limitó a defenderse; se atrevió a atacar; y el orden civilizado entero, palideció ante ella. Causaba horror pero despertaba envidia; la paria se mostró tan serena y tan bella en su destierro, en medio del mundo civilizado, como el demonio victorioso que apareció más feliz que los ángeles.

Sin embargo, ella se daba bien cuenta de que la lucha no era la condición permanente de su existencia; el uniteismo había invadido esa bella naturaleza como el esplendor del sol reviste lo que asciende por sobre las nubes.

Jamás aspiraciones tan ardientes por la paz universal hicieron palpitar tanto un corazón de mujer ¡jamás sueños más suaves de angélica castidad, purificaron un corazón! Flora ara una naturaleza totalmente católica, porque era más fuerte que todos los prejuicios filosóficos. Si hubiese nacido unos siglos antes, ha-

bría sido Santa Teresa, y, en nuestro siglo de dudas byribeanas y literatura satánica, no se sintió ella émula de Satanás, más que para vencerlo y devolverlo a Dios.

Nacida con una ambición inmensa, legitimó en cierto modo esa pasión dirigiéndola hacia las verdaderas grandezas; si por un instante soñó con el Perú y sus fabulosas riquezas, se dió my pronto cuenta de que la superioridad de su inteligencia le permitía crear por sí misma tesoros inagotables con los que ella quería dotar a la clase obrera.

Luego de su partida para recorrer Francia, en lo que halló la muerte, Flora, que hacía tiempo trabajaba en su obra de la emancipación de la mujer, me remitió sus notas en un fajo de papeles casi indescifrables, y me encargó pasar todo ello en limpio, y devolverle los autógrafos con mis añadidos y anotaciones; el paquete fué depositado en el correo con destino a Lyon, con su dirección. Yo había terminado el trabajo en la parte que publico, y pedíale la continuación; estuve esperando un mes entero sin recibir noticias suyas; un mes después tuve conocimiento de su muerte.

Asqueado desde hacía tiempo por las decepciones socialistas y políticas, había ya resuelto entonces no publicar nada más sobre materias tan dudosas y controvertibles. Arrastrado por el encanto de mis antiguas creencias y anheloso de descanso y olvido, he titubeado largo tiempo antes de publicar un trabajo del cual la opinión me haría tal vez responsable, irresolución durante la que no obstante, había ya tratado de arreglarlo, de suavizarlo y armonizarlo con mis convicciones personales; pero en medio de todo eso, perseguíame un descontento interior y ya estaba llegando a la comprensión de las expiaciones de los antiguos para apaciguar a los manes. Yo había prometido a Flora recopilar y publicar sus últimos pensamientos, y cualquiera que fuere mi distanciamiento de tal o cual de sus convicciones, no me correspondía eregirme en su juez. Le devuelvo, pues, el depósito que me confiara; es su alma quien debe responder.

Ella fué mi amiga espiritual durante algún tiempo, todas sus

creencias fueron las mías. ¿Por qué he cambiado? Pregúntole al tiempo por qué todo cambia, Flora no cambió de la misma manera; pero ha muerto, lo cual constituye un cambio mucho más completo y mucho más terrible.

Y he aquí un hecho que me parece una protesta invencible contra todas las utopías de quienes sueñan la perfección sobre la tierra; la muerte!

Suponed organizado el falansterio y el mundo en plena armonía; entonces más espantoso que nunca, se erguiría ante vosotros cual una negación terrible un espectro: la muerte!

No busquemos pues el reposo aquí abajo, puesto que moriremos!

Nuestra patria está pues fuera de la tierra, ya que después de algunos días de agitación y de lucha nos marcharemos todos a la muerte.

¿Dónde está ahora ese gran ejército cuya cabeza y alma era el emperador y que conmovió al mundo bajo sus pasos?

Búscanse y hállanse aun apenas algunos escombros. Detrás de ellos todo es escombros. Y muerto el Emperador. ¿Dónde está?

¿Qué es lo que proclaman las tumbas desde las Pirámides de Keops hasta el Panteón de Voltaire?

Que la tierra es un lugar de tránsito y que nuestra patria es la eternidad.

Se concede al hombre un momento, aquí abajo, para marchar mediante la abnegación una eternidad de libertad y de gloria.

El hombre es libre; sus actos determinan su destino.

Los animales obedecen a atracciones fatales, pero no hablan; y ¿qué habían de decir?

La palabra sin el juicio es imposible; pues la palabra, el verbo, no es sino el enunciado de un juicio.

El hombre está colocado en la tierra como un juez; y según la equidad de sus juicios, ha de ser juzgado él mismo.

Ahora bien, para que su juicio no se extravíe, le ha sido da-

do un tipo perfecto como modelo, y ese tipo es el hombre-Dios.

El Cristo es el único salvador de la humanidad; no esperamos a ningún otro.

Por eso ese tipo de unidad ha producido primero la Iglesia jerárquica, que es una en su Jefe, y múltiple en las funciones de sus miembros.

En la época del gran cisma, salvada la Iglesia por Francia, se volvió esencialmente galicana; en el genio de Francia es donde se reencuentra en nuestros días las verdaderas doctrinas de la asociación universal. Es ese genio francés el que debe reaccionar en un próximo porvenir, contra la fuerza brutal del norte, aliada a la potencia industrial de Inglaterra.

Llegará un momento en que será preciso elegir entre la supremacía religiosa del Papa o la del Zar; pero el Papa se verá obligado entonces por la necesidad imperiosa de las circunstancias a adoptar las ideas francesas y a bendecir a la Santa Alianza de los pueblos en nombre del mundo, el pueblo-rey será el más abnegado, como en el tiempo de Cristo, Este, el hombre abnegado hasta la muerte, será saludado como el verdadero Hombre-Dios y el único salvador del mundo.

He ahí mis esperanzas, o mis sueños, y en tanto se realice ese bello porvenir, callaré y me retiraré para hacer plegaria a la sombra de la antigua metrópoli donde recibí, con un nombre cristiano, la misteriosa agua del bautismo.

Pero creo en la legitimidad de todas las expansiones del verbo humano y no he creído de mi deber, el mantener cautiva la palabra de una amiga que no es más de este mundo y que por lo tanto no puede quejarse de ello. Que ella me perdone al haber añadido algunas reflexiones a las suyas, si es que en el mundo mejor en el que sin duda ella se encuentra es dado enterarse aún de algo de las huellas que se dejaron en este de aquí abajo.

A. CONSTANT.

INDICE

Se terminó de imprimir este libro el
20 de Octubre de 1948, en los
Talleres de la Editorial
P.T.C.M. Soc. Anón.
Lima - Perú.

OBRAS EDITADAS POR P. T. C. M.

	Moneda Peruana S/o.
Pájinas Libres - Manuel González Prada	14.50
La Tierra de los Niños - Julio Garrido Malaver	4.80
La Literatura Peruana - Luis-Alberto Sánchez	15.80
Rebeliones Indígenas - Daniel Valcárcel	13.60
Una Lima que se Va - José Gálvez	14.50
Redes para Captar la Nube - Alfredo González Prada	9.80
Natación, Saltos y Salvataje - Miguel Alegre Velarde	4.80
Minúsculas — Adoración - Manuel González Prada	9.80
Los Poetas de la Colonia y de la Revolución - Luis Alberto Sánchez	16.20
Viajes por el Perú — Centro y Sur - Luis J. Benoit	92.00
La Cristiada - Fray Diego de Hojeda (2 tomos)	19.80
Derecho Civil (Los Derechos Reales) - Eleodoro Romero Romaña	36.00
Doctrinas Económicas - Karl Marx	16.80
Código de Procedimientos Civiles (Concordancias de Legislación) - Germán Aparicio y Gómez Sánchez	35.00
Anarquía - Manuel González Prada	10.50
El Sr. Segura, Hombre de Teatro - Luis-Alberto Sánchez	14.50
Exóticas — Trozos de Vida - Manuel González-Prada	13.00
Reglamentos de Deportes - Miguel Alegre V.	14.50
Gimnasia para toda Edad - Miguel Alegre V.	12.50
Cocina y Repostería - Francisca Baylón	25.00
Poesías Completas - Carlos Germán Amézaga	12.50
Negros en el Nuevo Mundo - Roberto Mac-Lean y Estenós	15.00
La Emancipación de la Mujer o El Testamento de la Paria - Obra póstuma de Mme. Flora Tristán	11.50
Vida y Cartas de Américo Vespucio.— Versión moderna de José Miglia M.	12.50
Reglamento de las Inscripciones - 2ª Edición Oficial	7.50

OBRAS EN PRENSA

Nietzsche, la Moral y la Vida - José Russo Delgado.
Código de Procedimientos Civiles.— Concordancias.— Tomo II.— Germán Aparicio y Gómez Sánchez.

Impreso en el Perú
Printed in Perú

S/o. 11.50
Moneda Peruana